

El

Duro y el millón



# EL DURO Y EL MILLON,

COMEDIA ORIGINAL.

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

por

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada en el Teatro del Principe.



N.º 223.

MADRID.

IMPRESA A CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.  
1853.

Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra denominación, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

## PERSONAS.

## ACTORES.

LUISA. . . . .	DOÑA MARÍA RODRIGUEZ.
CRÍSPULA. . . . .	DOÑA LORENZA CAMPOS.
DON PRUDENCIO. . . . .	DON JOAQUIN ARJONA.
DON CÉSAR. . . . .	DON JOSÉ CALVO.
DON MAURICIO. . . . .	DON VICTORINO TAMAYO.
BERNABÉ. . . . .	DON FERNANDO OSSORIO.
ELOY. . . . .	DON ANTONINO BERMONET.
JUAN. . . . .	DON ESTEBAN MONTILLA.
MARTIN. . . . .	DON JOSÉ BULLON.

La accion pasa en Madrid, en casa de Don Prudencio.

# ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con lujo. Puerta en el foro, que por la derecha conduce á la escalera, y por la izquierda á las piezas interiores: forillo que guia á otros aposentos: dos puertas á la derecha del actor: otras dos á la izquierda: entre otros muebles habrá un velador y sobre él algunos libros, periódicos y folletos.

## ESCENA PRIMERA.

CRÍSPULA. — DON PRUDENCIO.

*(Crispula, vestida de medio luto y con sombrero, viene por el forillo: don Prudencio, en bata y gorro, sale por la puerta de la izquierda más inmediata al proscenio.)*

D. PRUD. ¡Oh Crispulita! (¡Qué mal suena en una vieja el *ita*!)

CRÍSP. ¡Amigo mio!

D. PRUD. ¡Ya estamos de sombrero? (Pronto alivia el luto.)

CRÍSP. Sí; voy á ver si está ya del todo lista mi nueva vivienda; que hoy la quiero estrenar.

D. PRUD. No hay prisa...  
(Si tal.)

CRÍSP. Bastantes molestias  
le he dado á usted. ¡ Veinte días  
de hospedaje !

D. PRUD. Calle usted  
por Dios, que me ruboriza...

CRÍSP. Pero en la casa mortuoria  
mi corazon se oprimia...

D. PRUD. Ya.

CRÍSP. Y aunque acaso abusé  
de nuestra amistad antigua...

D. PRUD. ¡ Oh !...

CRÍSP. Con un testamentario  
como usted, no era precisa  
mi asistencia...

D. PPUD. ¡ Pues ! Se hizo antes  
el inventario... Ahora iba  
al cuarto de usted...

CRÍSP. ¿ Sí ? Gracias.  
Le excuso á usted la visita.

D. PRUD. Sentémonos.  
(*Se sientan.*)

CRÍSP. ¿ Qué hay del Banco ?

D. PPUD. (*Dándole un papel.*)  
Ahí tiene usted trasferida  
en forma la propiedad  
de las cien acciones, limpias  
de polvo y paja, que el bueno  
de don Adrian poseia  
y hereda usted.

CRÍSP. Tantas gracias...

D. PRUD. Á mi no; al muerto.— ¡ Bonita  
herencia !

CRÍSP. Si. Las acciones  
bien reeditarán por cima  
de seiscientos duros.

D. PRUD. Eso  
por lo ménos.

CRÍSP. Y las fincas  
de que tomé posesion  
ayer...

D. PRUD. ¡ Tres casas magníficas !

CRÍSP. Me darán una con otra  
cada año de renta líquida

sus dos mil duritos.

D. PRUD. Largos.

CRÍSP. Y en numerario y vajilla,  
etc...

D. PRUD. Otro caudal.

CRÍSP. Todo lo hizo en Filipinas  
mi excelente tío.

D. PRUD. Si.

CRÍSP. Dios le dé gloria infinita.

D. PRUD. Amén. Para quien le hereda  
vale mas, aunque corrija  
la frase vulgar, un tío  
en gloria que un tío en Indias.

CRÍSP. Nunca le habia tratado.  
Ya ve usted; ¿quién va á Manila...

D. PRUD. Ya se entiende...

CRÍSP. Le ocurrió  
venir á acabar sus dias  
en Madrid...

D. PRUD. Sí. Por Enero  
entró en esta heroica villa.

CRÍSP. Cayó enfermo el pobrecito...

D. PRUD. Acostumbrado á otro clima...

CRÍSP. Al momento que lo supe,  
me vine de Andalucía,  
para asistirle...

D. PRUD. Ya; el deudo,  
la caridad... (¡ La codicia!)

CRÍSP. Pero ya estaba *muy grave*  
cuando abrazó á su sobrina.

D. PRUD. ¡ Grave... ¡ Por qué... ¡ Ah! Ya comprendo.  
Lo dirá usted por los sintomas...

CRÍSP. Pues claro está. Así se dice...

D. PRUD. (¡ Pobre lengua de Castilla!)

CRÍSP. ¡ Ay Dios! En cuatro semanas  
le mató la homeopatía.

D. PRUD. (Como escandalizado.)

¡ Señora, qué ha dicho usted!

CRÍSP. ¿ Yo? Acaso algun *lasuslingua*...  
(Con las manos en las caderas.)  
El mal lo tenia aquí.

D. PRUD. Pues se llama hipocondria.

CRÍSP. Justo. Como una no entiende

esas palabras *latinas*,  
se trabuca... El pobre tío,  
sabedor de mi desdicha,  
se acordó de mí en su última  
voluntad.

D. PRUD. (Segun noticias,  
chocheaba ya el pobre hombre.)

CRISP. Así pagó mis vigiliás.  
¡Mucho le he cuidado!

D. PRUD. ¡Oh!

CRISP. ¡Mucho  
le he llorado!

D. PRUD. ¡Ah!

CRISP. ¡Y qué lucidas  
exequias!

D. PRUD. Si; mas con tal  
herencia, no es maravilla...

CRISP. No me lo llevo yo todo.  
Para limosnas y misas  
ha dejado seis mil reales,  
y á Lupercio y Celestina,  
que son otros dos sobrinos  
suyos, media taleguita  
á cada uno.

D. PRUD. Poco es  
estando en la misma linea  
de parentesco.

CRISP. No tal,  
que era yo la mas propincua...

D. PRUD. (A la cabecera.)

CRISP. Pues;  
porque yo soy masculina.—  
Es decir...

D. PRUD. Entiendo. En fin,  
Dios le dé á usted larga vida  
para gozar de la herencia.  
Yo he cumplido con justicia  
y celo mi comision,  
y la doy por fenecida.

CRISP. Gracias; mas doble fineza  
será si usted me administra...

D. PRUD. No puedo. El tiempo me falta...  
Los negocios me atosigan...

CRÍSP. Me buscára usted al ménos ,  
porque sin él soy perdida ,  
un buen administrador.

D. PRUD. Bien.

CRÍSP. Hay cosas que una misma  
no puede...

D. PRUD. Cierito.

CRÍSP. Mi estado...

D. PRUD. Es claro. Una señorita...

CRÍSP. Y delicada.

D. PRUD. ¿De qué?

CRÍSP. De salud.

D. PRUD. ¿Qué! ¿todavía  
hay... nervios?

CRÍSP. Las convulsiones  
no son , tiempo ha , tan continuas.

D. PRUD. Celebro.

CRÍSP. Mas como soy  
tan sensible , se me crispan...

D. PRUD. (*¡ Verbum caro...*)

CRÍSP. Si oigo ó veo  
algo que afecte las fibras  
del corazon.

D. PRUD. ¿Sí? ¿Cuidarse!

CRÍSP. Lo haré.

D. PRUD. Viva usted tranquila,  
y pues los duelos con pau  
son ménos...

CRÍSP. Si; eso me anima.

D. PRUD. Un buen marido tal vez...

CRÍSP. ¡Pche!...

D. PRUD. Lástima es que no viva...

CRÍSP. ¿Quién?

D. PRUD. Mi pobre amigo César...

CRÍSP. (*Levantándose y tambien D. Prudencio.*)  
¿El? ¡Calle usted! Me horroriza  
su nombre.

D. PRUD. Usted le adoraba.

CRÍSP. Años há que su perfidia  
me hizo detestarle tanto  
como le quise algun dia...  
¡por mi desgracia!

D. PRUD. Hartas fueron

- las suyas, y merecian...
- CRISP. *(Con tono declamatorio y exaltándose cada vez mas.)*  
¡Perjuro! No por cariño,  
sino por miras políticas,  
me hizo la corte. ¡Oh falacia  
sin ejemplo!
- D. PRUD. Asi decian,  
pero...
- CRISP. Sí, señor; mi padre,  
que Dios perdone, tenía  
mucho influjo y en su mano  
los votos de tres provincias.—  
¡Necia de mí, que di crédito  
á sus palabras de almíbar!  
¡Por qué me la dió de esposo  
si no habia de cumplirla?  
¡Vil seductor!... Ya se ve;  
yo era inocente y sencilla...
- D. PRUD. El daba allá sus razones...
- CRISP. De pié de banco.
- D. PRUD. Que habia  
moros en la costa...
- CRISP. ¡Falso!
- D. PRUD. Que él fue el seducido...
- CRISP. ¡Víbora!
- D. PRUD. Los ataques epilépticos,  
que son, segun los juristas,  
causa dirimente...
- CRISP. ¡Júdas!...
- D. PRUD. Que dió usted en la manía  
de hacer comedias...; mal digo;  
tragedias caseras...
- CRISP. ¡Ira  
de Dios...
- D. PRUD. Y haciendo el papel  
de Medea, ó Proserpina...,  
no sé cuál, fué tanto el miedo  
que usted le causó...
- CRISP. ¡Mentira!
- D. PRUD. Y al cabo, si fué perjuro,  
cara pagó su falsia.  
Usted por la vez primera

le hizo probar vengativa  
el pan de la emigracion.

CRISP. Si ese manjar sabe á acíbar,  
¿es ¡ gran Dios! plato de gusto  
el verse una escarnecida,  
burlada, como otra Dido,  
como otra Ariadna en la isla  
de Naxos... Si, don Prudencio;  
Soy su mártir, soy su víctima,  
y al recordarlo, mis músculos  
tiemblan..., mis ojos se eclipsan...  
¡Ay!... Yo fallezco.  
(*Se desmaya en brazos de D. Prudencio.*)

D. PRUD. ¡Señora!...  
No alcanzo á la campanilla...  
¿Qué haré... Un pellizco tal vez...  
Probarémos.  
(*Pellizca en un brazo á Crispula.*)

CRISP. ¡Ah!  
D. PRUD. ¿Suspira?

CRISP. (*Incorporándose.*)  
¿Dónde estoy?

D. PRUD. (*Ayudándola á sentarse.*)  
Aquí. (Pues hizo  
su efecto la medicina.)  
¿Qué ha sido eso?

CRISP. Nada. Un vértigo...

D. PRUD. Agua...

CRISP. No se necesita.  
(*Oliendo un pomito que lleva pendiente de un  
cordon ó cadena.*)  
Siempre llevo éter conmigo...

D. PRUD. (¡Peste!) Bien.

CRISP. Y esto me alivia.—  
Con que, en efecto, ¡murió  
aquel ingrato...

D. PRUD. Sí; en Suiza.  
Ya ha tres meses que se supo  
de oficio.—Pero sería  
mejor no hablar de él...

CRISP. Si. Ya  
se apagó la última chispa  
de aquel amoroso fuego.

La Providencia divina  
vela por mí. Él ya es difunto...

D. PRUD. (¡Caro amigo!..)

CRÍSP. Y yo soy rica.

Si él existiera, quizá  
por compasion de sus cuitas...  
No; mejor es que la inmensa  
eternidad nos divida.

D. PRUD. Así como así, en los genios  
eran ustedes antipodas.

CRÍSP. Cierto ; y ahora tendré novios  
cuantos quiera ; y no estantiguas,  
como él lo sería ya,  
sino pollos de la cria  
nueva.

D. PRUD. ... ; Eso , eso ! (Está loca.)

CRÍSP. (*Mirando su reloj y levantándose.*)  
Pero es tarde y tengo prisa...  
Guardaré en el escritorio  
la inscripcion nominativa  
y saldré por la otra puerta.  
Adios.

D. PRUD. Abur, Crispulita.  
(*Vase Crispula por donde vino.*)

## ESCENA II.

D. PRUDENCIO.

Confesemos que la tal  
Crispulita es personaje  
trágico de todas véras,  
y que en no serla constante  
tuvo sobrada razon  
mi amigo que en paz descause.  
Lo que no comprendería,  
si todo no lo explicase  
esa desapoderada  
ambicion que ha sido el cáncer  
de su vida, es cómo pudo  
ser solo un dia su amante,  
porque...

### ESCENA III.

DON PRUDENCIO.—LUISA.

LUISA. *(Saliendo de la habitacion de la derecha más próxima al foro.)*

¡Papá...

D. PRUD. ¡Luisa mía!

Ven...

*(La abraza y Luisa le besa la mano.)*

Hoy acabas muy tarde  
tu lección de arpa.

LUISA. No; pero  
hasta que usted acabase  
el coloquio...

D. PRUD. Pues me hubieras  
ahorrado con entrar ántes  
un lance de melodrama.

LUISA. Ya deseo que se marche;  
que es tan grotesca...

D. PRUD. Esta noche  
dormirá ya, Dios mediante,  
en su nueva habitacion  
de la plazuela del Angel.  
*(Sentándose. Luisa se sienta tambien.)*  
Siéntate. Tenemos mucho  
que hablar, y de cosas graves.

LUISA. ¿Graves? ¡Santo cielo...

D. PRUD. Sí;

pero no te sobresaltes,  
que no te voy á anunciar  
ninguna horrible catástrofe:  
al contrario.—Ahora bien, quiero  
que, ante todo, me declares  
si es libre tu corazón.—  
No te sonrojes. ¡Qué diantre...

LUISA. No es libre..., porque es de usted.

D. PRUD. ¿Todo, todo mío? ¿Nadie  
me disputa su dominio?

LUISA. Nadie; ni sería fácil.

Educada en un colegio  
con el rigor que usted sabe,  
no ha seis meses que gozosa  
vivo al lado de mi padre  
querido. Dentro de casa  
tengo una aya que me guarde ,  
y sin usted ó sin ella  
no salgo nunca á la calle.

D. PRUD. Es forzosa sujecion ;  
bien lo conoces. No obstante ,  
amor travieso se cucla  
por el ojo de una llave.—  
Ni te culparia yo  
porque á algun jóven amases  
digno de tí ; pero ya  
que tu corazon no late  
por ninguno , lo celebro  
porque eso cuadra á mis planes.

LUISA. ¿ Planes...

D. PRUD. Sí. Ya supondrás  
que se trata de casarte.  
El yerno que tengo *in pectore*,  
despues de un maduro exámen ,  
es... Pero ántes que te diga  
su nombre y sus cualidades ,  
es forzoso detenerme  
en ciertos preliminares.—  
Paisanos y condiscípulos  
y de una edad casi , casi ,  
Don César Garcés y yo  
éramos inseparables  
amigos desde la infancia ;  
lo que se llama uña y carne.  
Sin embargo , diferíamos  
en ideas y en carácter ;  
que tambien , como el amor ,  
suele gustar de contrastes  
la amistad. Yo era mañoso ,  
cauto , sóbrio ; él arrogante ,  
ambicioso , emprendedor ;  
yo , sin salir de mi cauce ,  
siempre estuve por lo sólido ,  
lo positivo y estable ;

él por lo heróico y sublime;  
yo en la tierra; él en el aire...  
Solo en ser á cuál mas pobre  
éramos los dos iguales.  
Así en nuestra juventud,  
yo un domingo y él un mártes,  
dijimos muy huecos: cata  
á Periquito hecho fraile;  
yo, porque en mí pecador  
se proveyó una vacante  
de meritorio en valores  
con tristes cuatro mil reales;  
él, porque obtuvo la mano  
de una dama interesante,  
y con un millon de dote;  
que fué chiripa notable.  
Otro lo hubiera empleado  
en casas, en olivares,  
ó lo hubiera puesto á rédito...;  
pero él desdeñó—; alma grande!—  
esas ideas mezquinas  
y esos cálculos vulgares.  
Sin mirar á que fué pronto  
padre de un robusto infante  
echó carretela y tálburi,  
y á los cinco años, en bailes,  
juego, convites,...; adios  
millon! *Requiescat in pace*;  
millon que hiciera feliz  
á otro hombre menos orate,  
y á él le trajo larga série  
de zozobras y pesares.  
Arruinado ya, aceptó  
una comision en Cádiz,  
con la cual solo ganaba  
para no morir de hambre.  
Pasados otros cuatro años  
murió del cólera Cármen  
su mujer.—; Pobre señora!—  
Vuelve César á instalarse  
en Madrid; no se resigna  
á una pobreza humillante,  
y para cumplir su afan

de hacer ruido á todo trance  
y reparar su derrota,  
ve una ocasion favorable  
en el restablecimiento  
de las patrias libertades.  
Con sus buenas relaciones,  
su talento ;—porque era hábil  
para todo ;—su osadía...  
y un pulmon de piedra jaspe,  
pronto brilló en la tribuna,  
en la prensa, en todas partes ;  
fué diputado seis veces  
y no sé cuántas alcalde,  
empresario, senador,  
gran cruz aquí y en extrángis,  
ministro de la corona...

LUISA. ¿Y son esos los desastres...

D. PRUD. ¡Ay! bajo el lauro frondoso  
hervia, bramaba el cráter,  
y aquella aparente gloria  
era el infierno de Dante.

LUISA. ¡Cómo...

D. PRUD. Hoy triunfaban los suyos,  
y mañana sus rivales ;  
siempre en vela, siempre en lucha,  
ya se la veía en auge  
por ensalmo, ya pasaba  
de la poltrona á la cárcel ;—  
*del Capitolio á la roca*  
*Tarpeya*, hablando en lenguaje  
técnico ; y la oposicion  
le achicharraba la sangre,  
y envejecia á galope,  
y se aniquilaba á escape,  
y en cierta ocasion faltó  
poco para fusilarle,  
y emigró dos ó tres veces ;  
y por fin, lleno de achaques  
y disgustos y pasiones,  
lejos de los patrios lares  
á este mundo de miserias  
ha dado el último vale.

LUISA. ¡Pobre señor !

D. PRUD.

Yo entretanto ,  
sin soñar triunfos ni altares ,  
y buen ciudadano siempre ,  
pero huyendo de afiliarme  
en las huestes de ningun  
partido beligerante ,  
en el nuevo orden de cosas  
fuí descubriendo *paulatim*  
cien medios de desplegar  
mis iustintos industriales.  
En poco tiempo , sin agios  
ni trapisondas ni fraudes ,  
reuni un capitalito  
que hubiera sido bastante  
á mis modestos deseos ;  
mas como luego contraje  
matrimonio con la santa  
de quien eres fiel imágen ,  
y aunque pobre á la sazón ,  
era de ilustre linaje ,  
por ella multipliqué  
mis tareas , mis afanes ;—  
por ella y por tí , hija mia ,  
dulce fruto de un enlace  
que era mi orgullo... ¡ Ay ! en breve  
lo deshizo inexorable  
la muerte.

LUISA.

¡ Ah !

D. PRUD.

¡ No quiso Dios

tomar mi vida en rescate  
de la suya !

LUISA.

¡ Oh madre mia !

D. PRUD.

Desde aquel amargo trance  
entera te consagré  
la ternura inagotable  
que antes feliz repartia  
entre la hija y la madre ;  
y á tu porvenir mirando ,  
por más que el oro á raudales  
llovía Dios en mis arcas ,  
nunca tenía bastante.

LUISA.

¡ Padre amado !... Pero yo  
no quiero que usted trabaje

tanto...

D. PRUD. Tú creerás que aun vivo  
remando... No. Todo lo hace  
mi crédito. Los negocios  
más saneados me salen  
al encuentro, y á docenas  
se los cedo á mis cofrades.  
No obstante, ya he liquidado  
con muchos corresponsales,  
y en lo que resta de mes  
dejo de ser negociante  
para vivir de mis rentas  
como un príncipe de Gáles.—  
Pero ¿ en qué vendrá á parar  
ese prolijo romance?  
dirás tú. Vas á saberlo.  
Rico, bien quisto, boyante,  
no hay quien su puerta me cierre  
ni quien mi mano rechace.  
En las tres aristocracias  
del oro, el genio y la sangre  
pudiera elegir un yerno;  
mas la amistad invariable  
que profesé al desgraciado  
Don César, las relevantes  
prendas de su hijo Mauricio...

LUISA. ¿Qué oigo! ¿Quiere usted casarme  
con él...

D. PRUD. Sí. ¿Qué guapo mozo!  
En nada ha salido al padre.  
Le confió á mis desvelos,  
y á fé que no lo hizo en balde.  
¡Qué talento! ¡Qué cordura!  
¡Qué carrera tan brillante!  
¡Tan jóven, y ya es togado!—  
Ni yo he querido fiarme  
de sus cartas y de informes  
que pudieran ser parciales.  
Poco antes de que salieses  
tú del colegio hice un viaje...

LUISA. Sí; ya recuerdo...

D. PRUD. Pues fui,  
como un espía, á observarle

de incógnito... ¡Es una alhaja!  
Bien puedes felicitarte...

LUISA. Mas sin tratarle no puedo...

D. PRUD. ¿Quién dice que no le trates?  
No exijo que ciegamente  
suscribas á mi dictámen;  
que eres mi hija, no mi esclava.

LUISA. ¡Oh bondad!

D. PRUD. ¿Soy yo algun cafre?

Os veréis, os trataréis,  
y si las dos voluntades  
no se conforman... Hoy llega  
á Madrid.

LUISA. ¡Ah! ¿Luego el catre  
nuevo...

D. PRUD. Es para él.—Ya tarda.

LUISA. ¡Cómo!... ¡Ay Dios mio! Este traje...  
Permítame usted...

D. PRUD. ¿Qué importa...

Tú siempre estás elegante  
y bonita.

LUISA. No; es preciso...

D. PRUD. *(Riéndose.)*  
Bien.

LUISA. No ajusta bien al talle  
esta bata.

D. PRUD. Bien. Celebro  
que desees agradecerle.

LUISA. Voy pues...  
*(Yéndose á su cuarto.)*

*(¡Y si no me gusta?*  
Me están temblando las carnes.)

## ESCENA IV.

DON PRUDENCIO.

*(Tirando del cordon de la campanilla.)*

Yo tambien me vestiré,  
que he de salir...

*(Llega Martin por donde salió don Prudencio.)*

## ESCENA V.

DON PRUDENCIO.—MARTIN.

MARTIN.

Señor...

D. PRUD.

Dame

el frac azul...

MARTIN.

Bien está,

señor.

D. PRUD.

Un pañuelo, guantes.

*(Entra Martin en la habitacion de don Prudencio.)*

Sí; se amarán, y aunque póstumo  
tributaré este homenaje  
á mi amigo... ¡Ah! Si él viviera,  
seria un gozo inefable  
para mí...

*(Vuelve Martin con lo que pidió don Prudencio y le ayuda á vestirse.)*

MARTIN.

La bata...

D. PRUD.

Tira...

(Ya hace dos horas mortales  
que debió llegar el huésped,  
pero como hay tantos baches  
en el camino, las lluvias  
lo habrán puesto intransitable.

*(Tomando de Martin los guantes y el pañuelo.)*

Mas si voy al parador  
y él viene por otra calle...)

*(Á Martin, que le presenta el sombrero.)*

Ahora no. Déjalo ahí.

*(Deja Martin el sombrero sobre un mueble.)*

JUAN.

*(En la puerta del foro.)*

Señor...

D. PRUD.

*(Á Martin, y este se retira por donde vino, recogiendo la bata.)*

Nada mas.

## ESCENA VI.

DON PRUDENCIO.—JUAN.

D. PRUD. ¿Qué traes?

JUAN. Por usted pregunta un jóven...

D. PRUD. ¡Ah!...

JUAN. Que acaba de apearse  
de la diligencia.

D. PRUD. ¿Él es!

¿Y le detienes, alarbe?

JUAN. Como soy nuevo en la casa...

D. PRUD. Dile que pase adelante.

¿Qué alegría!

JUAN. (*Yéndose.*)

Bien está.

D. PRUD. ¡Corre! Y á Ramon que enganche.

## ESCENA VII.

DON PRUDENCIO.—BERNABÉ.

D. PRUD. (*Saliendo al encuentro de Bernabé y abrazándole.*)

¡Ven á mis brazos!...

(*Reconociéndole y desviándose.*)

¿Qué es esto?

¡Tú en Madrid!

BERN.

¡Tío querido!

D. PRUD. ¿Qué sucede? ¿Á qué has venido?

¡Responde!

BERN.

(*¡Malo me he puesto!*)

Solo mi cariño fiel

me conduce...

D. PRUD.

¡Hum!...

BERN.

(*¡Es bravio!*)

A los brazos de mi tío,

porque no me hallo sin él.

D. PRUD. Pues yo me halló bien sin ti.

BERN. ¡ Es posible!...

D. PRUD. Y ni es sincero  
tu cariño...

BERN. ¡ Oh Dios!...

D. PRUD. Ni quiero  
que me lo pruebes así.

BERN. Yo juro...

D. PRUD. ¡ Dar ese pago...

BERN. ¡ Oiga usted!...

D. PRUD. Á mis oficios  
de padre, á mis beneficios...

BERN. Yo...

D. PRUD. Siempre serás un vago.

BERN. Eso...

D. PRUD. Calla y no me enfades.

Saliste de colegial  
con una superficial  
tintura de humanidades,  
y luego, jurando á Dios  
que lo hacías muy de véras,  
emprendiste dos carreras...  
y abandonaste las dos.

BERN. Se oprime el genio en las aulas...

D. PRUD. ¡ Genio tú!... ¡ Y así lo siente!  
Gran Dios, ¿ esto se consiente  
habiendo en Toledo jaulas?  
Por fin, aunque solo un biello  
merecía tal sobrino,  
te proporcioné un destino  
con diez mil reales de sueldo;—  
que fué cargo de conciencia  
habiendo tantos cesantes;—  
y á los cuatro meses..., ántes,  
vuelta á Madrid con licencia.

BERN. ¡ Es Burgos clima tan frio!...

D. PRUD. Te negocié una permuta...

BERN. ¡ Para Córdoba! En Calcuta  
no es mas ardiente el estío.

D. PRUD. Callé, sufrí..., y á mi costa  
luego fuiste á Santander.

BERN. ¡ Buen pueblo!, pero ¡ un llover...

No me prueba aquella costa.

D. PRUD. ¡Voto á briós!... Pues ¿á qué lado giráras ya... ¡No hay paciencia!... Y ahora ¿quién te dió licencia...

BERN. Nadie: yo me la he tomado.

D. PRUD. ¡Maldecido... ¡Oh juventud loca!—Pues ¿no ves...

BERN. Ya veo...

D. PRUD. Que perderás el empleo?

BERN. ¡Eh! para poca salud...

D. PRUD. ¡Poca salud...

BERN. Sí señor.

Mi espíritu se anonada,  
mi talento se degrada  
en puesto tan inferior.

D. PRUD. ¿Se ha visto igual petulancia?

BERN. Pagando un *hotel garní*,  
no un triste zaquizamí,  
vistiendo con elegancia,  
y para teatro, baño,  
café, tabaco exquisito...,  
por lo ménos necesito  
treinta mil reales al año.

D. PRUD. ¡Pues!—Hé aquí la cantinela  
que hoy entonan á porfía  
mocosos que todavía  
iban ayer á la escuela.—  
Pero, siendo un perdulario...

BERN. Yo...

D. PRUD. ¿De dónde sacas hoy...

BERN. Pero ¿olvida usted que soy  
sobrino de un millonario?

D. PRUD. ¿Y te deben algo á tí  
mis millones, botarate?

BERN. No, pero justo es que trate  
de honrar á mi tío.

D. PRUD. ¿Sí?

¡Esa traza llevas tú!

BERN. ¿Me niega usted su asistencia?

D. PRUD. Sí.

BERN. Pues bien; la independencia  
es mi norte y mi Perú.

D. PRUD. ¡Ba!

BERN. Esa crueldad no me arredra.  
Con dramas y gacetillas  
mi pluma hará maravillas  
desde Calpe á Pontevedra.

D. PRUD. ¡Bravo!

BERN. En Córdoba, en Cantabria,  
por mis doctos manuscritos  
saben ya los eruditos  
quién es Bernabé Sanabria.—  
Yo esperaba mas agrado  
del pariente á quien me postro,  
siquiera porque mi rostro  
está ya litografiado.

D. PRUD. ¡Cómo!...

BERN. Sí, señor; ya campa  
seudónimo en un folleto;  
que aun no he dado,—soy discreto,—  
mi propio nombre á la estampa.  
Así excito el interes  
dando mi cara por muestra,  
que es una obra maestra:  
cuya, se sabrá despues.—  
Pero usted ha visto ya...

D. PRUD. ¿Qué?

BERN. El folleto...

D. PRUD. (*Entre dientes.*)

¡Será alhaja!

BERN. Lo envíe con una faja...

D. PRUD. No sé... Por ahí estará...

BERN. ¡Qué oigo! ¡Tál desprecio ha hecho  
usted...

D. PRUD. Con tantos negocios...

Y si algo leo en mis ocios,  
son cosas de más provecho.

BERN. Obras tengo de más fuste  
que esa bagatela; pero  
no hallo impresor ni librero  
que éntre conmigo en ajuste.  
(*Dándose una palmada en la frente.*)  
¡Ah! ¡Soberbia idea!

D. PRUD. ¿Cuál?

BERN. Hágase usted mi editor...

D. PRUD. ¡Yo!

BERN. Y en poco tiempo...

D. PRUD. ¡Horror!

BERN. Duplica su capital.

D. PRUD. ¡Ba!... ¡Miren por qué registro  
me sale!...

BERN. Es negocio...

D. PRUD. ¡Aparta!

BERN. (¡Oh tío atroz!)

JUAN. *(Llega con una carta, que entrega á don Prudencio, retirándose en seguida.)*

Esta carta

de su excelencia el Ministro.

*(Don Prudencio abre la carta y la lee para sí.)*

BERN. *(Un tío apacible y pródigo, vaya, pase; pero un tío tan huraño como el mío debe estar fuera del código.)*

D. PRUD. *(Me llama... Me espera... Iré. Guardando la carta y tomando el sombrero.)*  
El ferro-carril del Norte...)

BERN. Con que ¿me da pasaporte  
mi tío...

D. PRUD. Oye, Bernabé.

Pobre como tú nací;  
más, porque el hado inclemente  
no me deparó un pariente  
que hiciese nada por mí.

No he heredado ningún predio,  
dije, luego aquello de:

»Con el sudor de tu...» ¿eh?  
me coge de medio á medio.

Y me soñé en el emporio  
de la fortuna aquel día  
en que tras larga porfía  
me nombraron meritorio.

Aspirando, sin embargo,  
á vivir independiente,  
no me ceñí solamente  
á desempeñar mi cargo.

Oliendo lo que venía,  
en vez de echarme en el surco,  
iba á la calle del Turco  
á aprender taquigrafía.

Sin faltar á la litúrgia  
de empleado hombre de bien ,  
tomé lecciones tambien  
de química y metalúrgia.  
Pero sin ayuda externa  
mál podia yo hacer casa  
con la dotacion escasa  
de plaza tan subalterna.  
Por fin, pelechar consigo  
con un negocio seguro  
prestándome un peso duro  
don César mi buen amigo.

BERN. ¡Es hazaña...

D. PRUD. No comun ;  
pero ello es que de tal suerte  
me ingenié, que el peso fuerte  
no se me ha acabado aún.

BERN. ¡Hacer esa maravilla  
un duro !

D. PRUD. Sí, Bernabé.—  
¿Lo creyeras !... Yo inventé  
los fósforos de cerilla.  
Así y con tan corta suma  
fuí mi fortuna labrando ;  
murió luego el Rey Fernando ,  
y creció como la espuma ,  
porque hubo ya mil resortes  
que tocar, y me valia  
mucho la taquigrafía  
en el jurado , en las Córtes ;  
y ya bien relacionado  
entré en mas pingües negocios ;  
puse giro, tuve socios ,  
compré papel del Estado ,  
fincas... En resolucion ,  
ya el meritorio es un Crespo ,  
y cada real de aquel peso  
me ha producido un millon.

BERN. ¡ Gran Dios !

D. PRUD. Y á nadie defraudo...

BERN. (Hay fortunas insolentes.)

D. PRUD. ¿Qué estás diciendo entre dientes ?

BERN. Nada ; que admiro y aplaudo...

D. PRUD. Ahora dí: quien su caudal  
ha adquirido de tal forma  
y siempre tuvo por norma  
ser probo, cauto y formal;  
quien remó así día y noche  
¿quieres que dé barro á mano  
á un sobrino casquivano  
para que triunfe y derroche?  
No te pase por las mientes  
semejante idea. Vive  
á tus anchas, viaja, escribe...,  
pero conmigo no cuentes.  
Lo único que haré por ti  
es alcanzarte el perdon  
de tu loca desercion.

BERN. Yo...

D. PRUD. Por hoy, quédate aquí.

BERN. ¡Ah!

D. PRUD. Y mañana á Santander...,  
ó á California si nó,  
á la Icaria...; adonde yo  
no te vuelva más á ver.

## ESCENA VIII.

BERNABÉ.

¡Me echa! ¡Me cierra su bolsa!  
¡Tu sagrada voz desoye,  
próvida Naturaleza,  
porque él es rico y yo pobre!  
¿Qué sobrino, santo cielo,  
desde Cornelio Nepote  
hasta la fecha, fué víctima  
de iniquidad tan enorme?  
Esto clama á Dios venganza;  
esto...

## ESCENA IX.

BERNABÉ.—LUISA.

LUISA.

¡Papá...

BERN.

(¡ Linda jóven!—

¡ Ah! Mi prima...)

LUISA.

(*Cortada.*)

Yo...

BERN.

Ha salido...

LUISA.

(¡ Es Mauricio!)

BERN.

(¡ Son dos soles

sus ojos!)

LUISA.

(Si, el traje...) Usted  
llega ahora...

BERN.

Sí: del coche  
diligencia me apé  
habrá unos trece ó catorce  
minutos...

LUISA.

Muy bien venido  
sea usted...

BERN.

Gracias. (Me acoge  
mejor que el papá.) Mil gracias.

LUISA.

Mas ¿ qué veo! Esas facciones...

BERN.

Pues ¿ qué!... (¿ Me tendrá por otro?)

LUISA.

¿ Qué sorpresa!

BERN.

¿ Cuándo ó dónde...  
Hasta ahora nos conocíamos  
entrambos solo de nombre...

LUISA.

Tál creí, pero...

BERN.

(Me mira...,  
sonrie... Mi *coram vobis*  
hace efecto.) Esa sorpresa  
¿ de qué nace... (¿ Qué buen golpe  
fuera...)

LUISA.

(*Tomando de encima del velador el folleto á que  
ántes se aludió y mostrando la estampa á Ber-  
nabé.*)

Esta litografía  
por mí responda.

BERN. (¡ Mi cróquis !...)

¿Tánta habrá sido mi gloria  
que en ese bosquejo informe  
se hayan fijado indulgentes  
tus ojos encantadores?

LUISA. Yo ignoraba... ¿Quién dijera...

BERN. Prosigue; no te sonrojes...  
(¡ Oh fortuna ! ) Almo pudor  
hace salir los colores  
á tu lindo rostro. ¡ Oh Luisa !  
¿Será un delirio, una torpe  
decepcion lo que me anuncia  
gozosa el alma? Responde.  
Al ver en mí original  
y con todos los resortes  
de la vida ese facsimile  
que no dice oste ni moste,  
¿qué siente tu corazon?

LUISA. Mi corazon... no es indócil...

BERN. ¡ Ah !...

LUISA. Y cree ya sin violencia  
en las predestinaciones.

BERN. (Esto es hecho.) ¡ Hermosa mia !...

LUISA. Y pues estamos acordes...

BERN. Sí, sí.

LUISA. Y pronto en santo lazo  
nos unirá el sacerdote...

BERN. (¿ Qué escucho ! )

LUISA. Sin liviandad  
puedo decir al consorte  
que me destina mi padre...

BERN. (¡ Oh ! )

LUISA. Que cumpliré sus órdenes  
con sumo placer.

BERN. (¿ Qué es esto ?

Si para yerno me escoge,  
¿cómo tan airado... Tienen  
estos señores mayores  
caprichos...)

LUISA. Ese silencio...

BERN. No en tu disfavor lo gloses ;  
es que el gozo me embelesa,  
y me extasia y me absorbe...

- LUISA. ¡Oh cara Luisa!
- BERN. ¡Oh Mauricio!
- BERN. ¡Eh? (¡Cayó en ruinas la torre de mi soñada ventura!)
- LUISA. ¡Qué veo! Otra vez inmóvil, mudo...
- BERN. (Á otro ha destinado su mano el tío y su dote; no hay duda.)
- LUISA. ¡Cuál es la causa de tantas cavilaciones?
- BERN. (Y ella me ama; sí; hácia mí correr he visto á galope su corazon. La conquisto en ménos de un paternóster, ¡y he de resignarme ¡oh Dios! á que un quidam me la robe?) ¡Luisa, Luisa!
- LUISA. No comprendo...
- BERN. Juzgaré, si usted no rompe el silencio, que otro amor... (Con la mano en el pecho.) No; por el Dios que nos oye te juro que aqui perene más que en lámina de bronce tengo grabada tu imágen; pero el hado... (El tiempo corre... Se descubrirá el enredo...) ¡Luisa, soy leal, soy noble! (Hagamos del ladron fiel.)
- LUISA. No lo dudo...
- BERN. Y aunque llore mi franqueza, yo... soy yo, y no puedo ser otro hombre.
- LUISA. Pero...
- BERN. Yo no soy Mauricio.
- LUISA. ¡Santo cielo!...
- BERN. Y solo un drole para prender á su dama falsifica el pasaporte.
- LUISA. (¡Fatal error!) ¡No es usted Mauricio!
- BERN. Ni Gil, ni Cosme,

ni... Soy Bernabé.

LUISA. ¡Mi primo!

BERN. Tu primo, sí; mas no es óbice  
el ser primo para amarte  
mas que amó Céfaló á Prócris  
y mas que Píramo á Tisbe  
y mas que á Vénus Adónis.  
Y si no mintió tu labio  
cuando entre perlas y flores  
premió con dulces acentos  
mis amorosos trasportes,  
yo reino en tu corazón,  
Luisa, no ese monigote  
intruso, por mas que un padre  
temerario te lo endose.

LUISA. Yo... (No sé qué responderle.)

BERN. Aquí no hace nada el nombre.  
Yo soy el propio individuo  
litografiado por Lopez  
que miraste con agrado  
aun antes de ver el molde:  
soy el que has favorecido  
con miradas que los dioses  
envidiarían y halagos  
que enternecieran á un roble;  
luego entre Mauricio y yo  
uno es forzoso que sobre,  
y el que sobra es mi rival,  
y yo debo ser tu cónyuge;  
que no es de sesudas hembras  
amar por partida doble.

LUISA. Pero es Mauricio, no usted,  
el novio que me propone  
papá.

BERN. Sin haberle visto...

LUISA. Nunca.

BERN. Ya; será algún prócer...

LUISA. No.

BERN. Algun millonario...

LUISA. Menos.

BERN. Pues siendo así, ¿qué razones  
le obligan á decidirse  
por un yerno tan mediocre?

LUISA. Ser hijo de un tal don César  
con quien tuvo relaciones  
de amistad.

BERN. Yo soy su deudo,  
que es mas; y á mi me conoces;  
á él no.

LUISA. De vista.

BERN. Los ojos  
siempre fueron los mejores  
intérpretes del amor;  
y pues yo no soy miope,  
ni tú...

LUISA. No hay cariño sólido  
sin que en el trato se apoye,  
y nosotros...

BERN. ¿Ya te olvidas\*  
de las predestinaciones,  
ingrata? ¿Ya no recuerdas  
que unánimes y conformes  
desde la infancia latian  
nuestros tiernos corazones?  
Dos años tendrías tú,  
que aun ibas con andadores,  
y yo siete, que son quince  
para los genios precoces,  
cuando partia contigo  
mis juguetes, mis bombones,  
y ya en pueril jerigonza  
te requería de amores.

LUISA. No hago memoria...

BERN. (Ni yo.)

No habrá quien de ello se asombre.  
¡Tan párvula!... Yo, bien mio,  
aunque en diverso horizonte  
crecimos, siempre te amé;  
siempre fuiste único norte  
de mis pensamientos, Luisa.  
Yo en mi mente desde entónces  
ví progresar por instantes  
tus gracias, tus perfecciones,  
y á ser pintor, te pudiera  
retratar en cuatro toques  
como fuiste á los nueve años

y como fuiste á los doce.

LUISA. ¿Será verdad?

BERN. ¡ Si, ángel bello !

LUISA. Mas si mi padre se opone...

BERN. Tal vez ; y acaso de mi  
te dará malos informes ;  
te dirá que sin sosiego,  
como si tuviese azogue  
de pueblo en pueblo vagando  
cruzo valles , salvo montes...  
Y te dirá la verdad ;  
mas no te dirá que el móvil  
de tal movilizacion  
es que no encuentro en el orbe  
fuera del que Luisa habite  
un lugar que me acomode.  
Así herido el jabali  
huyendo á través del bosque  
mas y mas se clava el dardo  
que en sus entrañas esconde ;  
así...

LUISA. ¡ Basta !

BERN. ¡ Luisa mia !

Te juro...

LUISA. ¡ Oh ! no me atolondres.

BERN. Tú me amas... Sí ; no lo niegues,  
y mi alma te corresponde.

Una insinuacion paterna  
no es la espada de Damócles.  
Resiste, impugna, emancípate,  
que contra padres feroces  
hay vicarios complacientes  
y códigos protectores.

LUISA. No ; ¡ jamás !

BERN. Pero, á lo ménos,  
insta, llora. gime, arrójate  
á sus piés, dile que me amas ;  
¿ Sí ?

LUISA. Pero...

BERN. Y al fin y al postre  
cederá. Es padre...

LUISA. ¡ Dios mio !

BERN. Y tú eres su única prole.

(*Asiendo una mano de Luisa y en ademan de arrodillarse.*)

¡Ten piedad!

LUISA. Bien; si; veremos...

BERN. Mira que ya estoy al borde  
de la desesperacion...

LUISA. ¡Cielos!...

BERN. Y no bien otorgues  
el sí perjuró, daré  
un escándalo á la Côte.

LUISA. ¡Bernabé!...

BERN. Si; fiero tósigo,  
ó áspero cordel, ó estoque  
punzante me borrarán  
de la lista de los hombres.

LUISA. ¡Ah! no...

JUAN. (*En la puerta del foro.*)

Don Mauricio...

LUISA. (¡Oh Dios!)

Que éntre.

(*Se retira Juan.*)

¿Qué hago?...

BERN. ¡Valor! Ponle  
mal gesto, y á las primeras  
de cambio, un nó y buenas noches.

## ESCENA X.

LUISA.—BERNABÉ.—DON MAURICIO.

D. MAU. (*Saludando.*)

Señorita...

LUISA. (*Con frialdad.*)

Bien venido.

D. MAU. (*Saludando á Bernabé.*)

Caballero...

BERN. (*Con seriedad.*)

Servidor.

D. MAU. ¿No está en casa mi señor  
don Prudencio?

LUISA. No.

BERN. Ha salido.

LUISA. Y pues vendrá usted muy harto  
de viajar...

BERN. ¿Qué duda tiene...

D. MAU. Yo...

LUISA. *(Mostrándole la puerta de la izquierda más  
próxima al foro.)*

Allí tiene usted su cuarto.

## ESCENA XI.

BERNABÉ.—DON MAURICIO.

D. MAU. (¿Cómo me recibe así?  
¿Esquiva es la niña hermosa!)

BERN. (Luisa ha estado deliciosa.  
Ahora me toca á mí.)  
Poco grato es el preludio...

D. MAU. ¿Eh?

BERN. Y como usted nada sabe...  
Mas para dar con la clave  
no es menester grande estudio.

D. MAU. No obstante, agradeceré  
que usted me la explique.

BERN. ¿Sí?  
Pues es que me quiere á mí  
Luisa y no le quiere á usted.

D. MAU. Ella es libre y yo soy justo.  
No me opongo á que le adore  
á usted...

BERN. ¿Cierto?

D. MAU. Aunque deplore  
que no tenga mejor gusto.

BERN. Yo...

D. MAU. No hay que tomarlo á mal...

BERN. Yo le haré á usted ver que valgo...  
Pero perdonemos algo  
al despecho de un rival.

D. MAU. ¡Yo rival! ¡Despecho yo!  
No. Don Prudencio me llama,  
pero su hija no es mi dama  
y ménos mi novia.

BERN. ¿No?

- ¡Cómo!...
- D. MAU. Pues si yo la amase,  
¿me anunciara usted mi mengua  
sin yo arrancarle la lengua  
antes de acabar la frase?
- BERN. ¡Poco á poco, que eso pasa  
de la...
- D. MAU. Acabemos.
- BERN. (¡Qué brusco!)
- D. MAU. No es usted á quien yo busco,  
sino al dueño de la casa.  
Para hablarme de un proyecto  
me ha llamado... No sé cuál;  
pero es honrado y formal,  
tengo pruebas de su afecto,  
y no me traerá mi amigo  
á que su hija me befe  
y á que venga un mequetrefe...
- BERN. ¡Cómo!...
- D. MAU. Á hombrearse conmigo.
- BERN. Es que yo...
- D. MAU. Abur.  
(*Entra en la habitacion designada y cierra de golpe.*)

## ESCENA XII.

BERNABÉ.

¡Vaya un ente...  
Pero ¡á qué armar una riña,  
si ya en mi favor la niña  
ha resuelto el expediente?  
Pues, digo, ¡ha echado buen viaje  
el Mauricio!—Loco estoy  
de orgullo, de gozo... Voy  
á recoger mi equipaje.—  
Mia la novia será;  
mia ¡oh gloria!, y el impio  
que no quiere ser mi tio...  
tendrá que ser mi papá.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

La decoracion del acto primero.

## ESCENA PRIMERA.

DON PRUDENCIO.—DON MAURICIO.

D. PRUD. ¿Es posible !...

D. MAU. Si, señor ;  
y viéndome de tal suerte  
desairado, tuve impulsos  
de marcharme...

D. PRUD. ¿Qué se entiende...  
Yo soy el que manda aquí ;  
eres mi amigo, mi huésped,  
y nadie se atrevería...  
Pero mucho me sorprende  
que así te haya recibido  
Luisa, sabiendo quién eres.

D. MAU. Sí; yo me anuncié...

D. PRUD. Y el trasto  
de mi sobrino ; meterse  
en camisa de once varas...

D. MAU. Sin embargo, si él la quiere

y Luisa le corresponde...

D. PRUD. ¿Cómo, si han estado siempre separados desde niños y hasta hoy no se han visto... Miente si tal dice. Él habrá osado tal vez, que á todo se atreve un loco, al verla tan linda decirle cuatro sandeces aprovechando mi ausencia; pero ¿ella corresponderle! ¡Imposible! y más sabiendo que á ser su marido vienes.

D. MAU. ¿Será cierto...

D. PRUD. Si, Mauricio; mi plan, ya hace años, es ese, para que con dulces lazos, ya que otros rompió la muerte, el cariño de los padres en los hijos se renueve.

D. MAU. Tanta bondad me confunde y tal honra me envanece; pero usted no exigirá, supongo, que yo la acepte, si ántes amor no confirma lo que la amistad promete. El solo nos ha de unir, él solo ha de darnos leyes; que es mengua y dolor y crimen pronunciar un si solemne cuando del lábio sumiso murmura el alma rebelde.

D. PRUD. No, no; su ventura anhele más que la mia, y no puede ser tirano suyo un padre que la ama tan tiernamente. Mas no porque haya mostrado cierta frialdad al verte, efecto de su modestia y poco trato de gentes, ó quizá de algun enredo de Bernabé, desesperes de hallar en su corazon la acogida que mereces.—

Ni tampoco es mi designio  
que tu voluntad violentes.  
Si no te agrada...

D. MAU. ¡Oh! sí; mucho ;  
pero si ella...

D. PRUD. Finalmente ,  
ni te ruego con su mano  
ni en renunciarla me ofendes.  
Podemos ser muy amigos  
sin la intervencion de un preste.

D. MAU. ¡Oh! más que amigo, en usted  
me ha deparado la suerte  
un padre...

D. PRUD. ¡Eh! no todavía ,  
pero espero serlo en breve.

D. MAU. Mi gratitud...

D. PRUD. Es sincera;  
no lo dudo.—Ahora conviene  
inquirir lo que ha pasado  
y conjurar á ese duende...  
si le hay.

*(Hace sonar la campanilla y un momento des-  
pues aparece Juan en la puerta del foro.)*

Vuelve á tu aposento  
y deja á mi cargo...  
*(A Juan.)*

Que éntre  
mi sobrino, si está...  
*(Aparece Bernabé saliendo de la habitación  
de la derecha que cae enfrente de la de D. Pru-  
dencio.)*

*Lupus*  
*in fábula.*  
*(A Mauricio.)*

Adentro.  
*(A Juan.)*

BERN. Vete.  
*(Ya que me he quitado el polvo  
y me he mudado de ropa,  
voy... Ardua será la lucha.  
pero alcanzaré victoria  
si ella...)*

D. PRUD. ¡Bernabé!

- BERN. (¡Mi tío!)  
¡Caro tío!... La zozobra  
con que...
- D. PRUD. Al grano. Su Excelencia  
á mis ruegos te perdona  
tu locura.
- BERN. ¡Oh venerable  
tío insigne! Usted me colma  
de bondades...
- D. PRUD. ¡Que me pagas  
bien!
- BERN. ¡Oh! Con mi sangre toda  
quisiera...
- D. PRUD. Mientras por ti  
me desvelo con heroica  
paciencia, ¡tú, procurando  
seducir á una paloma  
cándida, quieres alzarte  
con el santo y la limosna!
- BERN. ¡Seducir? ¡No!—Mas primero  
que á esa acusacion responda,  
permita usted que postrado  
á sus piés sirva de alfombra...
- D. PRUD. ¡Quieto!
- BERN. Este humilde sobrino...
- D. PRUD. Alza, ó me voy. ¡El hipócrita!
- BERN. Alzo pues; pero los astros  
del Olimpo...
- D. PRUD. Háblame en prosa.—  
¿Qué títulos tienes tú para  
aspirar á esa boda?
- BERN. Del tres por ciento, ningunos;  
no es conocida en la Bolsa  
mi firma; pero dejando  
aparte los que se apoyan  
en la consanguinidad,  
y sin lo que esta persona  
pueda valer en lo físico  
y en lo moral...
- D. PRUD. Poca cosa.
- BERN. Así es en la opinion  
de usted... y en la mia propia;  
pero ella, más indulgente

que usted y yo...

D. PRUD. ¡Cómo!

BERN. Me honra

con su amor...

D. PRUD. ¡Ella!

BERN. Y pues Luisa,

que es la interesada, vota

en mi favor...

D. PRUD. ¡Ba!

BERN. Es inútil

que vote su padre en contra.

D. PRUD. ¿Inútil? Ya se verá...

Pero ese amor de tramoya

¿Cómo nació? ¿En qué se funda?

BERN. Mi pecho...

D. PRUD. En tí no me asombra:

Luisa es mi única heredera,

y soy rico.

BERN. Me sonroja

usted. ¡Ah! Yo la idolatro

desde la primera aurora

de la vida.

*(Con la mano en el pecho.)*

Aquí guardaba

indelebles las memorias

de nuestra infancia; y despues,

la intuicion, la prodigiosa

virtud del flúido magnético,

blason de Mésmer y Volta...

D. PRUD. ¡Oh!...

BERN. Nos identificaba...

D. PRUD. ¡Ya basta!

BERN. Así...

D. PRUD. ¡Punto en boca!

BERN. Ama y fecunda—¡oh prodigio!—

á su pareja remota

la palma de Tremecen,

no sé si al soplo del Bóreas

ó del Noto...

D. PRUD. ¡Calla, calla,

calla!

BERN. Pero...

D. PRUD. No me rompas

el cerebro con tu eterna  
cháchara.

BERN. Usted me interroga...

D. PRUD. ¡No más! Á tí, es excusado.  
De Luisa sabré la historia...

BERN. Bien: en su lealtad confío;  
pero si ella corrobora  
mi aserto, ¿promete usted  
mitigar su injusta cólera  
y no poner entredicho  
á dos almas que se adoran?

D. PRUD. Su voluntad será libre;  
mas dudo mucho...

BERN. No importa.

D. PRUD. Yo te haré la guerra.

BERN. Bien;  
pero necesito prórroga...

D. PRUD. Sí.

BERN. Mal podré defenderme  
si tengo que irme á una fonda.

D. PRUD. No; te quedarás en casa  
unos dias... Vete ahora...

BERN. Y me ha de ser permitido  
hablar con mi prima á solas.

D. PRUD. Bien.

*(Acercándose al cuarto de su hija.)*

¡Luisa!

BERN. *(¡Tremenda crisis!)*

## ESCENA II.

DON PRUDENCIO.—BERNABÉ.—LUISA.

LUISA. Papá...

D. PRUD. *(A Bernabé en voz baja.)*  
Vete.

BERN. Prima hermosa...

LUISA. Bernabé...  
*(Bernabé mira con ansiedad á Luisa y se pone  
la mano en el corazon.)*

D. PRUD. (*En voz baja y conduciendo á Bernabé hasta la otra puerta de la derecha.*)

¡Nada de guiños!

BERN. (*Con gestos expresivos.*)

¡Ah!...

D. PRUD. (*Haciéndole entrar y cerrando la puerta.*)

Ya estás aquí de sobra.

## ESCENA IV.

DON PRUDENCIO.—LUISA.

D. PRUD. ¿Puedo, hija mia, dar fé  
con mengua de tu buen juicio,  
á lo que teme Mauricio  
y asegura Bernabé?

LUISA. ¡Papá!...

D. PRUD. Bernabé se jacta  
de que le amas.

LUISA. Yo... (¡Ay de mí!)

D. PRUD. Y quiero saber de tí  
si es su relacion exacta.

LUISA. Lo que es amarle,... de fijo  
no le sé aun.

D. PRUD. ¿Cómo es eso?

LUISA. Pero al verle, lo confieso,  
sentí cierto regocijo...

D. PRUD. (¡Malo!) ¿Tanto es el influjo  
de su...

LUISA. Es de advertir, papá,  
que le habia visto ya...

D. PRUD. ¡Tú! ¿Dónde?

LUISA. (*Mostrando la estampa litografiada.*)  
Es este dibujo.

D. PRUD. (¡Mal haya!...) ¿Sabías tú  
que semejaba á la suya  
la cara de esa... aleluya  
que trajo aquí Belcebú?

LUISA. No.

D. PRUD. ¿Y rendiste tu albedrio  
á ese anónimo bosquejo,  
que pudiera ser reflejo

- de un ladron ó de un judío?
- LUISA. ¡Oh! No soy tan simple yo;  
mas cuando el rostro pintado,  
que yo ví sin desagrado,  
vivo se me apareció,  
no sé por qué extraño estigio  
cautivó mi voluntad;  
y si he de decir verdad  
no llevé á mal el prodigio.
- D. PRUD. ¿Así de otro hombre se prenda  
una doncella—¿qué oprobio!—  
cuando está esperando al novio  
que un padre le recomienda?
- LUISA. Al contrario; tan propicio  
fué mi fallo á Bernabé  
porque yo me figuré  
que Bernabé era Mauricio.
- D. PRUD. ¡Ah! ya entiendo: un *quid pro quo*...  
Y el engaño ¿duró mucho?
- LUISA. ¡Ay! demasiado.
- D. PRUD. ¿Qué escucho!
- LUISA. Prendas mi labio soltó...
- D. PRUD. Que no te obligan á nada,  
pues yerro notorio fué...
- LUISA. Es que despues confirmé...
- D. PRUD. Seducida, fascinada...
- LUISA. Tal vez; pero aquel retrato  
providencial...
- D. PRUD. ¡Disparate!
- LUISA. Mi primo...
- D. PRUD. Es un botarate,  
un perdido, un mentecato.
- LUISA. Pues la cara...
- D. PRUD. ¡Linda pieza!
- LUISA. No anuncia malas costumbres.
- D. PRUD. Me ha dado más pesadumbres  
que hay pelos en su cabeza.
- LUISA. Tal me pintó su pasión...
- D. PRUD. ¡Á tu dote!
- LUISA. ¿Quién pensára...
- D. PRUD. ¡Luisa, no siempre es la cara  
espejo del corazón!
- LUISA. Pero usted quizá es severo

con mi primo en demasia.

D. PRUD. No, no; que es mi antipatia  
justa, y probártelo espero.  
Pues ¿qué puedo yo anhelar  
sino tu bien, criatura?  
¡Tan linda, oh cielos, tan pura,  
y dársela á ese pelgar!—  
Aun es tiempo. De tu mente  
destierra tales ideas.—  
Ni yo pretendo que creas  
á tu padre ciegamente.—  
¡Ah!... Me ha ocurrido una traza  
con que, á poco que me ayudes,  
espero que ya no dudes  
del riesgo que te amenaza.

LUISA. ¿Cuál?

D. PRUD. Que á Bernabé respondas,  
si lisonjas importunas  
vuelve á decirte, con unas  
calabazas muy redondas.

LUISA. ¡Yo, santo Dios, y hace poco  
que tan risueña le oí!  
Si se ve tratado así,  
de fijo se vuelve loco.

D. PRUD. ¿Loco? Ya lo es.

LUISA. Yo temo,  
si mi labio le despide...

D. PRUD. ¿Qué temes?

LUISA. Que se suicide.

D. PRUD. ¡Ba! No llegará á ese extremo.

LUISA. Solo al saber que venía  
Mauricio, habló de cordel  
y de tósigo cruel  
y estoque... ¡Virgen María!

D. PRUD. ¡Oh! el suicidio... Antes que Ovidio  
instruyese á los galanes  
era ya el plan de los planes  
un amago de suicidio.  
Y á ese tema volverá  
cuando en vano gima y ruegue;  
pero no temas que llegue  
al rio la sangre : ¡quía!  
LUISA. ¿Y si de véras me amase?

D. PRUD. Si aun así te guarda fe  
seis días, consentiré  
en que contigo se case;  
mas Dios... y tu mismo primo  
me librarán del dogal  
de que se emplee tan mal  
la prenda que mas estimo.

LUISA. Pero, papá, es dura cosa  
que sea mi propia lengua  
la que le diga su mengua.

D. PRUD. Es circunstancia forzosa.  
Temerá alguna asechanza  
si otro el mensaje le lleva.—  
Mas sea eficaz la prueba:  
quítale toda esperanza.  
Tu ventura, tu sosiego  
en esta experiencia fio,  
¡y acaso tu honor y el mio!

LUISA. ¡Ah!

D. PRUD. Llorando te lo ruego.

LUISA. ¡No más! Decidida estoy  
á hacer lo que usted me ordena.

D. PRUD. ¡Ah!... Te doy la enhorabuena  
y á mi mismo me la doy.

LUISA. (¡Oh!...)

D. PRUD. Le hablarás sin testigos...  
Allí está. Voy á llamarle.

LUISA. ¡Tan pronto!

D. PRUD. Y por más que charle  
echando por esos trigos,  
no te aturda, no te asuste...

LUISA. No.

D. PRUD. Serenidad y calma;  
pocas palabras, y al alma.

LUISV. Sí, sí.

D. PRUD. (*Abrazándola.*)

¡Adios!

(*Abriendo la puerta de la habitacion donde se  
halla Bernabé, y retirándose por el forillo.*)

Cuando usted guste.

## ESCENA V.

LUISA.—BERNABÉ.

BERN. (*Mirando á don Prudencio.*)  
(Se sonrie... ¡Mal presagio!)  
Temblando vengo, ¡oh mi dulce  
prima!, á saber mi sentencia;  
pero ántes que la pronuncies,  
no echés en olvido, Luisa,  
que la mujer no es un yunque,  
sino un ser inteligente  
y libre, que obra y discurre  
y ódia y ama *motu proprio*;  
y no porque un padre abuse  
de su autoridad, es justo  
que en el siglo de las luces  
te sacrifiques...

LUISA. Suspende  
tu peroracion inútil,  
Bernabé. Siento decírtelo,  
pero es fuerza que renuncies  
á mi mano.

BERN. ¿Por qué, ingrata?  
¿Así tu palabra cumples?  
¿Así...

LUISA. Si ilusa la dí,  
disipada ya la nube  
que me ofuscó, me retracto.

BERN. ¡Oh mujer falsa, voluble...

LUISA. (¡Pobrecillo! Me da lástima...)

BERN. Tú, que me alzaste á la cumbre  
de la gloria, ¡ay! ¿es posible  
que tan pronto me derrumbes...  
Mas no; tú obras instigada  
por los que fuerzan impunes  
tu voluntad. Tú me adoras,  
por más que lo disimules.

LUISA. No hay tal. (Estoy en tortura.)

BERN. Desde ántes que fueras núbil

tu padre te destinaba ,  
por razones harto fútiles ,  
á Mauricio ; y como me ódia ,  
aunque no sé en qué lo funde ,  
de mí te ha dicho sin duda  
mil horrores , mil embustes .

LUISA. No. (Si no abrevio y me escapo ,  
soy perdida.) Á él no le acuses ,  
sino á mí , á mi sola .

BERN. ; Impia !

¡ Tú...

LUISA. Deja ese tono lúgubre .

BERN. ; Oh decepcion ! Yo en mi mente  
te igualaba á los querubes ,  
¡ y no sales de la esfera  
de las mujeres comunes !  
Ya te habrán dicho que soy  
pobre , y por eso , en resúmen ,  
me dejas .

LUISA. Lo mismo hiciera  
aunque fueses archiduque .

BERN. ; Oh ! no excedas en perfidia  
á los corsarios de Túnez .  
Vuelve á ser mi prenda...

LUISA. ; Basta !

BERN. Y mi delicia y mi núnen...

LUISA. Ya has oido mi *ultimatum*  
y ocioso es que me importunes .

BERN. ; Se juega así con las almas ,  
perjura ? ; No me repulses ,  
ó aumentarás el catálogo  
de los suicidas ilustres !

LUISA. (¡ Ay... ya ha aparecido aquello !)

BERN. ; Te ries ? ; Oh ! no me insultes....

LUISA. Bernabé , esa arma está ya  
muy gastada... , y no da lumbre .

(Yéndose por el foro , encuentra , ya fuera de  
la escena , á don Prudencio , que viene por el  
forillo ; allí figura hablar con él durante el bre-  
ve monólogo de Bernabé , y en seguida se retira  
por la izquierda del mismo foro.)



- D. PRUD. Algo puedo yo ofrecerte  
que te indemnice del chasco.
- BERN. ¡ Ah! no. Este dardo punzante  
que el corazon me atraviesa,  
hasta en la profunda huesa  
me desgarrará... No obstante;  
como es preciso comer  
aun para vivir rabiando,  
y bueno es caer en blando,  
ya que uno caiga... ¡ Ay!... ¿ Á ver?  
¿ Qué cosa...
- D. PRUD. Tengo ocasion  
de mejorar tu fortuna.
- BERN. ¿ Con un ascenso?
- D. PRUD. Con una  
bonita administracion.
- BERN. ¡ Pche!... ¿ Cuya?
- D. PRUD. De una señora  
dueña de cuantiosos bienes.
- BERN. ¡ Ah!...
- D. PRUD. Cerca de tí la tienes.
- BERN. ¿ Quién...
- D. PRUD. La vas á ver ahora.—  
Esto es, si acomoda el trato.
- BERN. Sepamos...
- D. PRUD. Cincuenta duros  
al mes sancados, seguros,  
casa, ropa limpia, el plato...
- BERN. ¡ Miseria!
- D. PRUD. ¿ Aun pones mal gesto?  
Pues no hay nada de lo dicho.  
Voy...
- BERN. ¿ No... Y... ¿ qué especie de bicho...  
¿ Viuda?
- D. PRUD. No; de estado honesto.
- BERN. ¿ Sí?
- D. PRUD. Y no depende de padre  
ni tutor, tio ni hermano.  
De su dinero y su mano  
puede hacer lo que le cuadre.
- BERN. Será esa mujer horrenda;  
que si nó, ¿ cómo se explica...
- D. PRUD. Pocos dias ha que es rica.

BERN. Ya. Y... ¿jóven, ó... reverenda...

D. PRUD. ¡Pche!... Ya no es una chiquilla...

BERN. Treintaicuatro...

D. PRUD. Por mi cuenta  
ya no ha de cumplir cuarenta;  
pero aun es pasaderilla;  
y si os convenís los dos...

BERN. ¡Oh, calle usted!

D. PRUD. Todo cabe...

BERN. ¡Horror! ¡Absurdo...

D. PRUD. ¿Quién sabe...  
De ménos nos hizo Dios.

BERN. No, no hablemos de eso.—Acoto  
la administracion.

D. PRUD. Bien hecho.

BERN. Pero, ¡su mano, su lecho!  
(No lo echaré en saco roto.)

D. PRUD. ¡Oh! nadie te obligaría...

BERN. Bien; decidido estoy ya.  
Vamos, pues tan cerca está...

D. PRUD. Como que es huésped a mia.

BERN. ¡Ah...

D. PRUD. Hoy se muda, y como tiene  
su cuarto todo revuelto...

BERN. Es natural.

D. PRUD. Ha restuelto  
recibirte aquí...  
(Mirando al forillo, por el cual aparece Crispula.)

Ya viene.

Á solas os dejaré...

BERN. Bien.

D. PRUD. (Se cumple mi deseo.)

## ESCENA VIII.

BERNABÉ.—DON PRUDENCIO.—CRISPULA.

D. PRUD. (Á Bernabé, presentando á Crispula, y vice-versa.)

Crispulita...

LUISA. (¡Oh Dios!)

BERN.

(¿Qué veo?)

D. PRUD. Mi sobrino Bernabé.

(*Entra en el cuarto de don Mauricio.*)

## ESCENA IX.

BERNABÉ.—CRÍSPULA.

CRÍSP. ¿Es posible?... ¡Usted!...

BERN. (Convience

disimular mi sorpresa.)

¡Sí; soy el mismo que en Córdoba,

cuando hacía usted tragedias

en el teatro casero

del Marqués de la Luciérnaga,

alborotaba con bravos

y palmadas la platea,

y en una hoja volante

que hice circular impresa

dije que era usted ¡oh Crispula!

gloria y prez de nuestra escena.

CRÍSP. Sí, sí. Aun conservo ejemplares...

Por cierto que malas lenguas

dijeron que quiso usted

burlarse de mí...

BERN. ¡Blasfemia!

CRÍSP. Que había doble sentido

en ciertas frases, y que era,

en fin, el supuesto elogio

una sátira sangrienta.

BERN. Rivalidades, envidias

que persiguen donde quiera

al genio. ¡Sátiras yo,

santo cielo, contra aquella

que con su mágico acento

subyugaba mis potencias

y sentidos! ¡Cuántas veces

cuando era usted Clitemnestra

tuve yo envidia de Egisto

y horror á Oréste y á Electra!

CRÍSP. ¡Qué oigo!

- BERN. (¡Pecho al agua!) Si;  
conducido por Minerva  
se entró Cupido en mi pecho;  
y para que usted lo sepa  
de una vez, yo amaba á Crispula  
creyendo amar á la Reina  
de Argos, y mi corazon  
no advirtió aquel... viceversa  
hasta que de parte á parte  
le hirió la acerada flecha.
- CRISP. ¿Será posible... ¿Y por qué  
no decirme con franqueza...
- BERN. Porque el prestigio del arte  
me ofuscaba tan de véras,  
que siempre en usted veía  
el coturno y la diadema,  
y triste mortal no osaba  
sublimarme hasta la esfera  
donde brillaba la hija  
de Júpiter y de Leda.
- CRISP. (¡Qué lindas cosas me dice!)  
Pues no fuí yo tan severa  
que negase á las lisonjas  
de usted alguna halagüeña  
sonrisa...
- BERN. Que á mí—¡ay cuitado!—  
me parecía siniestra,  
sardónica.
- CRISP. No. ¡Qué error!
- BERN. (Miento mas que la Gaceta.)  
Viendo que en mí se cebaba  
la garra de la tristeza,  
puse tierra de por medio  
esperando que la ausencia  
me curase...
- CRISP. ¿Quién diría...
- BERN. La honda llaga... ¡Ni por esas!
- CRISP. ¡Pasion acendrada!
- BERN. ¡Atroz...,  
trágica!
- CRISP. Y yo ¡tan ajena...  
Ya se vé; sin despedirse  
tomó usted la diligencia...

BERN. ¡Tal fué mi despecho!

CRISP. Y luego  
no escribirme cuatro letras...

BERN. Por desaliento. Tenia  
fija en mi mente la idea  
de que usted me detestaba.

CRISP. ¿Yo? ¡Virgen de la Almudena!...  
Al contrario...

BERN. Al fin, sabiendo  
que residias en esta  
villa heróica, me abandono  
al influjo de mi estrella:  
te sigo; amor me sugiere  
la inocente estratagema  
de pedirte ese destino  
de mayordomo, albacéa...  
ó ¿qué sé yo?... Lo que sé,  
y tú ya no ignoras, bella  
Crispula mia, es que te amo  
con la misma vehemencia  
que en Córdoba...

CRISP. ¡Bernabé!...

BERN. Mas con fé pura y honesta  
que se somete á los fueros  
de la santa madre Iglesia.

CRISP. (¿Soy yo quien le ha enamorado  
tan ciegamente,... ó mi hacienda?  
Todo puede ser.—No, Crispula;  
es imposible que mienta  
quien habla con tal fervor,  
con tanta... Ni soy tan vieja,  
que...)

BERN. (Calla... Cavila... Tiemblo.)

CRISP. (Tal vez, como la belleza,  
hace el talento conquistas...)

BERN. (Si esta tambien me desprecia,  
hago un pan como unas hostias.)  
¿No merezco una respuesta,  
Crispula?

CRISP. ¡Ay!

BERN. Ese silencio  
me aflige, me desespera.  
¡Ah! Bien lo temia yo;

- CRISP.      ¡tu corazón me desdén!  
(*Conmovida.*)  
¡No, Bernabé! Pero temo  
ser—¡ay!—demasiado crédula.  
El cielo me ha dado una alma  
sensible, expansiva, tierna...  
y una complexión, que... todo  
me conmueve... ¡ay Dios!... me altera,  
me...
- BERN.      ¡Qué tienes?
- CRISP.      (*Desmayándose en los brazos de Bernabé.*)  
¡Yo... sucumbo!
- BERN.      ¡Mi amor!... (¿También epiléptica?)  
¡Señora!... (¡Nada! No vuelve...  
¡Ah! Este pomo que le cuelga...;  
quizá...  
(*Lo aplica á la nariz de Crispula.*)  
Pesa diez arrobas.)  
¡Crispula!... (¡Vaya, que es plepa...)
- CRISP.      ¡Ay!
- BERN.      Respira.
- CRISP.      ¡Bernabé!...
- BERN.      ¿Se siente usted indispueta!  
Llamaré...
- CRISP.      No. Un pasajero  
deliquio... Ya estoy serena.  
(*Desviándose.*)  
Pero ¡ah!... ¡Yo en brazos de un hombre!
- BERN.      De tu amante. (¡Qué pamemas!)
- CRISP.      ¡Mi amante!... Recelo... Dudo...
- BERN.      ¡Oh! Lo juraré, si es fuerza,  
postrado á tus piés.
- CRISP.      Consiento  
en que me des esa prueba  
de ternura.
- BERN.      (*Hincando una rodilla en el suelo.*)  
(¡Hum!) ¿Quieres mas?  
(¡Mal haya, amén, la pobreza,  
que así humilla á un elegante!)
- CRISP.      ¡Oh! El júbilo me enajena.

## ESCENA X.

BERNABÉ.—CRÍSPULA.—LUISA.—DON PRUDENCIO.  
DON MAURICIO.

*(Luisa aparece por el foro, y poco despues don Prudencio y don Mauricio por la puerta del cuarto de este último.)*

LUISA. *(Vuelvo...)*  
*(Con grito de sorpresa.)*

¡Ah!

BERN. *(Levantándose rápidamente.)*

*(¡Luisa!)*

CRÍSP. *(Sin haber visto á Luisa, y abrazando á Bernabé.)*

Alza á mis brazos.

BERN. *(¡Que no me trague la tierra!)*

D. PRUD. Ya es hora... ¡Bravo!

D. MAU. ¡Sublime!

BERN. *(Cortado.)*

Es un paso de tragedia...  
Nos conocimos en Córdoba,  
y la aficion... Una escena...

CRÍSP. La verdad es que él me adora  
ya hace un año...

LUISA. *(¡Ah! ¡Quién creyera...)*

CRÍSP. Y que yo le correspondo.

D. PRUD. Sea muy en hora buena.

CRÍSP. Y que pronto con la mia  
se unirá amante su diestra  
bajo la casta coyunda  
que nuestras almas anhelan.  
¡No es verdad, caro consorte?

BERN. Sí, querida esposa. *(¡Horrenda  
situacion!)*

D. PRUD. Celebro...

CRÍSP. Gracias.

*(Tomándole el brazo.)*

Sigueme ahora...

BERN. *(¡Paciencia!)*

CRÍSP. Que, pues mi dueño has de ser pronto, quiero que intervengas desde ahora en mis negocios.

BERN. Bien.

CRÍSP. Denme ustedes licencia...

D. PRUD. ¿Se vá usted...

CRÍSP. No todavía.

Nos veremos en la mesa.

Hasta luego.—¡Ah! Sin perjuicio

de pasar la papeleta

de costumbre, están ustedes

convidados á la fiesta.

(*Váse con Bernabé por el forillo.*)

## ESCENA XI.

LUISA.—D. PRUDENCIO.—D. MAURICIO.

LUISA. (*Echándose en los brazos de D. Prudencio.*)  
¡Ay papá!

D. PRUD. ¿Lo ves? Tu primo  
es un farsante.

LUISA. Un bribon.

D. MAU. Un desdichado.

LUISA. ¡Jurarme  
que muere por mí de amor,  
y verle luego en los brazos  
de una vieja!... Esto es atroz.

D. MAU. Si le pesa á usted...

LUISA. Me pesa  
en el alma; sí, señor;  
no por perder tal alhaja,  
sino solo porque soy  
tan simple que necesito  
recibir esta lección.

D. MAU. Yo me felicito de ella,  
Luisa, y aún más del caudor  
con que usted confiesa y siente  
su falta de prevision;  
pues eso, y las circunstancias  
singulares de que estoy  
bien informado, disculpan

á mis ojos un error  
que nació de la cabeza,  
pero no del corazon.

LUISA. (*Con ingenuidad cómica.*)  
¡Y es verdad!—Mas aunque, á fuer  
de caballero español,  
tan generoso y galante  
me da usted la absolucion,  
no debo aceptarla cuando  
yo misma no me la doy.

D. PRUD. ¿Oyes? ¡Es un ángel!

D. MAU. Sí;  
y cuando sus gracias nó,  
bastaria á cautivarme  
ese excesivo rigor  
con que se juzga á sí misma.

LUISA. ¡Si no merece perdon  
mi locura! Sin embargo,  
de usted puedo sin rubor  
aceptarlo, padre mio,  
porque sabe usted que yo  
si no me lo concediese  
moriria de dolor.

D. PRUD. ¡Oh! tú no lo necesitas,  
mi amada Luisa; que aun hoy  
me has dado una prueba insigne  
de cariño y sumision;  
pues cuando, padre amoroso  
y no tirano feroz,  
para salvarte del lazo  
que ese alevete tendió  
consejos te dí, no leyes,  
fuiste dócil á mi voz.

LUISA. Sí; y aunque pese á mi orgullo,  
que de la prueba salió  
lastimado, ahora confieso  
que un padre es siempre el mejor  
consejero.

D. PRUD. Yo esperaba  
que me diesen la razon  
el tiempo y tu buen sentido,  
pero no que tan precoz  
fuese el fruto.—Ya, supongo,

no te angustiará el temor  
de que Bernabé, arrastrado  
por la desesperacion,  
se suicide.

LUISA. Ya lo ha hecho.

D. PRUD. ¡Cómo...

LUISA. Sí. Pues ¿qué mayor  
suicidio que ser marido  
de tan rancio cronicon?

D. MAU. En efecto.

D. PRUD. ¡Qué donosa!  
Yo aplaudo ese buen humor,  
presagio de gozo y dicha  
para todos. Sí; los dos  
sereis mis hijos...

LUISA. ¡Papá,  
por Dios... ¿Qué dirá el señor?

D. MAU. Que la amo á usted y mi gloria  
cifro en tan feliz union.

LUISA. Gracias por tanta bondad;  
mas yo, ¿con qué cara voy  
á aceptar... Confiese usted  
que es crítica situacion  
la mia.

D. PRUD. No tal.

D. MAU. ¡Me encanta!

LUISA. Sin poder hablar en pro  
ni en contra... ¡Jesus! Arréglenlo  
ustedes allá los dos,  
porque, lo que es yo, ni digo  
que sí ni digo que nó.

## ESCENA XII.

LUISA.—DON PRUDENCIO.—DON MAURICIO.—JUAN.

JUAN. Un caballero desea  
hablar con usted...

D. PRUD. ¿Quién... ¿Cómo  
se llama?

JUAN. Se nombrará  
cuando estén ustedes solos,  
me ha respondido.

- D. PRUD. En buen hora.  
Mientras recibo á ese... anónimo,  
(*Mostrando el cuarto de Luisa.*)  
entrad allí...  
(*Á Luisa*)  
Dale el brazo,  
que es tu huésped... y tu novio.
- LUISA. (*Entre risueña y avergonzada.*)  
¡Vaya!
- D. MAU. ¡Oh Luisa!...
- D. PRUD. Así me gusta.  
Pronto seré con vosotros.  
(*Á Juan.*)  
Qué éntre.

## ESCENA XIII.

DON PRUDENCIO.—DON CÉSAR.

- D. PRUD. ¿Quién será ese quidam  
y qué querrá... Algun socorro  
tal vez...  
(*Entra D. César y antes de hablar se cerciora  
de que está á solas con D. Prudencio.*)
- D. CÉS. ¡Prudencio!
- D. PRUD. (*Para sí.*)
- Esa voz...  
¿Será ilusión?... Ese rostro...
- D. CÉS. Dame los brazos... ¡Soy César!  
(*Se abrazan.*)
- D. PRUD. ¡Ah!... Sí; mas... ¡Tú...
- D. CÉS. No me asombro  
de que aun mi mejor amigo  
me desconozca: ¡tan otro  
soy del que fui!... Y además,  
este traje, los anteojos,  
la barba gris...
- D. PRUD. ¡Pobre César!  
Te suponía...
- D. CÉS. ¡En el hoyo!
- D. PRUD. ¿Qué mucho, si atestiguaron  
tu muerte cartas, periódicos...

y hasta la fé de difunto,  
que yo ví con estos ojos?

D. CÉS. Ardides de un desgraciado;  
pero aunque ya no blasono  
de aquella salud robusta  
que tuve cuando era mozo,  
aun estoy en pié, á pesar  
de enemigos rencorosos.

D. PRUD. ¡Enemigos!

D. CÉS. Sí, y no dudes  
que algunos con sumo gozo  
á trueque de ver mi entierro  
pagarian los responsos.

D. PRUD. No creo...

D. CÉS. Tomando el nombre  
de otro español mas dichoso  
que yo, pues ya se acabaron  
las miserias de este globo  
para él, vuelvo á mi patria...

D. PRUD. Pero ese ardid era ocioso.  
La amnistia te comprende...

D. CÉS. No la acepto: es un oprobio.

D. PRUD. ¿Por qué si nadie te obliga  
á renegar de tus votos,  
de tus principios... Si fuera  
un indulto...

D. CÉS. Yo no doblo  
la frente á mis enemigos:  
ó sucumbo, ó los derroco.

D. PRUD. ¡Es posible!

D. CÉS. ¡Guerra á muerte!

D. PRUD. Pero ¿cuál es tu propósito...

D. CÉS. ¡Guerra á muerte! ya lo he dicho.

D. PRUD. ¿A quién? ¿Cuándo? ¿De qué modo?

D. CÉS. ¿A quién? Claro está: al poder  
y á cuantos le den apoyo.—  
Es decir, á los ministros:  
para mí es sagrado el trono.  
¿Cuándo? Hoy, y mañana, y siempre,  
y sin tregua ni reposo,  
hasta que suelten la carga  
y la sustenten mis hombros.  
¿De qué modo? Á todo trance:

en la prensa , y en el foro ,  
y en el club , y en la tribuna ,  
y en la plaza de los toros ,  
y en teatros y en cafes ,  
tabernas y calabozos ,  
combatiendo como un héroe...  
ó minando como un topo.

D. PRUD. ¡Oh! Tú te ciegas..., ¡te pierdes!  
¿Qué recursos...

D. CÉS. No estoy solo.  
Tengo amigos... Traigo planes...

D. PRUD. ¿Y si fuesen ilusorios?

D. CÉS. No. De acuerdo con mis cálculos  
están los hombres mas doctos  
de la Europa. Es inminente  
la revolucion , y sordo  
ya á lo lejos ruge el Austro  
precursor del terremoto.

D. PRUD. ¡Dios nos libre! Siempre he sido  
enemigo de trastornos.

D. CÉS. ¡Pues ya! Para un millonario  
el *statu quo* es muy cómodo.

D. PRUD. Lo mismo era , ya lo sabes ,  
cuando elaboraba fósforos.

D. CÉS. Bien ; pero la complexion ,  
la costumbre , el genio... Somos ,  
aunque amigos entrañables ,  
autótesis uno de otro.

D. PRUD. ¡Oh ambicion!

D. CÉS. Sí ; la ambicion  
es para mí , no lo ignoro ,  
el buitre de Prometeo ;  
pero , ya lanzado al golfo  
de la politica , lucho  
con tempestades y escollos ,  
y si una vez tomo puerto ,  
dos , tres , cuatro se va á fondo  
mi frágil nave. No importa  
mientras respire el piloto.

D. PRUD. Pero á lo ménos consulta  
la marea , el viento , el polo  
antes de embarcarte , y mira  
qué gente llevas al corso ,

y de qué porte es el buque...  
y si hay viveres á bordo...

D. CÉS. ¡ Eh! yo no hilo tan delgado.  
Si hemos de preverlo todo...

D. PRUD. ¡ Oh! No se halla todavía  
en sus últimos sollozos  
la patria. Descansa, huelga  
algunos dias... Supongo  
que te hospedarás aquí.

D. CÉS. No, eso no, ni por asomo.  
No quiero comprometerte.

D. PRUD. No lo harás, César, si logro  
persuadirte.

D. CÉS. No te canses.

D. PRUD. ¡ Óyeme por Dios...

D. CÉS. No te oigo.  
Ó mandar ó conspirar.

D. PRUD. ¡ Santo cielo!

D. CÉS. Este es mi horóscopo.—  
Mas ya me están esperando...  
No me detengas.

D. PRUD. ¡ Tan pronto!

D. CÉS. *(Yéndose.)*

¡ Si. ¡ Adios!

*(Deteniéndose.)*

¡ Ah! ¿ Puedes prestarme  
dos mil reales?

D. PRUD. Me abochorno  
de oírte. Cuanto yo tengo  
¿ no es tuyo?

D. CÉS. ¡ Sí, generoso  
amigo!

D. PRUD. Pero tan corta  
cantidad...

D. CÉS. Yo me socorro  
para tres meses con ella:  
el destierro me hizo sobrio.

D. PRUD. *(Dándole una cartera y luego un bolsillo.)*  
Aquí hay seis mil en billetes,  
y aquí algunas onzas de oro.

D. CÉS. No. ¡ Si digo...

D. PRUD. Toma y calla,  
ó me enfado y alboroto...

- D. CÉS. Bien; dame.  
(*Guarda la cartera y el bolsillo.*)  
Día vendrá,  
y acaso está ya muy próximo,  
en que pueda...
- D. PRUD. ; Voto á sanes...  
Ya he dicho que me sonrojo...
- D. CÉS. Bien ; basta !
- D. PRUD. ; Ingrato ! Con días  
más serenos y más prósperos  
te iba á briudar mi cariño...
- D. CÉS. (*Impaciente.*)  
Gracias...
- D. PRUD. Mas tu orgullo indómito...
- D. CÉS. No ; ¡ mi estrella ! Adios. — ¡ Silencio !
- D. PRUD. No temas.
- D. CÉS. Para tí solo  
vive César : para el mundo  
ha muerto ; pero glorioso  
en breve desde la tumba  
ascenderá al Capitolio.  
Esa tarjeta , entre tanto ,  
(*Saca una y la deja sobre el velador.*)  
te dirá mi nombre apócrifo  
y dónde vivo. — Escasea  
las visitas..., sobre todo,  
de noche , porque allí... ¿ Entiendes ?  
No sea que den un soplo,  
y sin culpa pagues tú  
lo que pequemos nosotros. —  
¡ Ah ! Cuenta con la cartera  
de Hacienda , si un día formo  
y presido el Gabinete.
- D. PRUD. ¿ Yo ministro ? Antes me ahorco.
- D. CÉS. ¡ Bobada !... Admite siquiera  
la direccion del Tesoro.
- D. PRUD. Pero , ¡ infeliz ! , no eres más  
que un desesperado , un prófugo ,  
¿ y repartes ya el botín...
- D. CÉS. Cuento con mi fé , mi arrojo ,  
mi estrategia... No lo dudes ;  
dentro de un mes , ó tremolo  
victoriosa mi bandera ,...

ó me llevan los demonios.

## ESCENA XIV.

DON PRUDENCIO.

¡Qué delirar! Está visto  
que no hay para él más prójimo  
ni más ley que su insensata  
ambicion. ¡Dios poderoso!...  
¿Me ha preguntado siquiera  
por su hijo? Sí, sí; está loco.—  
Y tal vez esa locura  
va á ser invencible estorbo  
á la esperanza halagüeña  
que ya con tanto alborozo  
veía realizada...  
¿Quién piensa ya en desposorios...  
Mas si yo le hubiera dicho :  
tu hijo está aquí, y en consorcio  
feliz con mi Luisa... ¡No!  
Haría de él un neófito,  
un Seide, y envolvería  
en su ruina al pobre mozo...,  
¿y quién sabe si tambien  
á mi pobre niña, á todos...  
¡No, señor! Ya que él se pierda,  
no es razon... ¡Oh! Ni él tampoco.  
Le libraré á su pesar ;  
conspiraré si es forzoso,  
imitándole... ¿Qué digo?  
Imitándome á mí propio.  
Pues ¿no he conspirado ya  
como un *Fieschi* contra el mono  
de mi sobrino?—Sin duda  
es este un mal contagioso  
como la fiebre amarilla  
ó como el cólera morbo.

Lo cierto es que yo he mirado  
siempre con terror, con odio  
las conspiraciones; y hoy—  
¡ el siglo de los fenómenos  
es este!—me he convertido  
en conspirador de á fóllo.  
(*Se dirige al cuarto de Luisa.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

Sala con dos puertas laterales; una á la derecha del actor, que es la que conduce á la escalera y comunica con otras habitaciones; otra á la izquierda, que da paso á un gabinete: muebles de lujo y entre ellos una cómoda. Es de noche. Luces.

## ESCENA PRIMERA.

DON CÉSAR.—ELOY.

D. CÉS. Conque, en resumidas cuentas,  
¿estoy preso aquí?

ELOY. Cabal.

D. CÉS. ¿Y es usted mi alcaide?

ELOY. Tengo  
ese honor.

D. CÉS. Mil gracias.

ELOY. No hay  
de qué.

D. CÉS. ¿Y qué cárcel es esta?

¿De Estado, ó correccional?

¿Eclesiástica, ó civil?

¿Política, ó militar?

¿Y á qué acto gubernativo  
ó sentencia judicial,

bando ó pragmática debo  
esta obra de caridad?  
¿Y quién me da testimonio  
del atropello brutal  
que sufro? ¿Y con qué derecho  
se atenta á mi libertad?

ELOY. No sé nada. Mi consigna  
es ojo alerta y callar.

D. CÉS. Pero, señor, ¿y las leyes?

ELOY. ¿Yo qué entiendo... Eso, al fiscal.  
Más ya vé usted que le alojan  
con toda comodidad.

D. CÉS. Lo estimo.

ELOY. Por esta sala  
se puede usted pasear.

D. CÉS. ¡Oiga!

ELOY. Y usar á su arbitrio  
de aquella puerta, que da  
á un bonito gabinete  
con alcoba muy capaz...

D. CÉS. Celebro...

ELOY. Mas por la otra  
será inútil que usted...

D. CÉS. Ya.

ELOY. Pretenda salir...

D. CÉS. Entiendo.

ELOY. Porque le dirán: ¡atrás!

D. CÉS. ¡Destino cruel!

ELOY. *(Iba á salir y se detiene.)*  
¡Ah! De órden  
de la superioridad,  
será usted tratado aquí  
lo mismo que un senescal.—  
¿Cena usted?

D. CÉS. No.

ELOY. Chocolate  
siquiera, ó té...

D. CÉS. ¡Rejaltar!

Nada.

ELOY. Yo siento infinito...

D. CÉS. ¿Quiere usted dejarme en paz?

## ESCENA II.

DON CÉSAR.

¡Adios planes, adios sueños  
dorados!... ¡Fatalidad!  
Apénas llego á Madrid  
¡preso! Pues ¡digo! si van  
ocho ó diez minutos ántes  
atrapan á los demas;  
pero ya, por dicha suya,  
se habian ido. Del mal  
el ménos.—Si no me engaño,  
los que me han traído acá  
son de la ronda de capa.—  
Pero ¡qué arbitrariedad!  
Primero entra un fariseo,  
y otros cinco ó seis detras;  
me sorprenden, me amenazan...  
¡Venga el pasaporte!—Ahí va.—  
Dése usted preso.—¡Yo! ¿Quién  
lo manda?—La Autoridad.—  
Y sin mas explicaciones  
me hacen ponerme el gaban,  
me llevan á la escalera,  
de la escalera al portal,  
entran conmigo en un coche  
dos de ellos y el capataz,  
me dan el brazo—¡qué amables! —  
con la misma urbanidad  
ahora para subir  
que entónces para bajar,  
y aquí entre cuatro paredes  
me dejan sin más ni más.  
¡Oh despotismo! ¡Oh venganza!  
¡Oh rencor!—Ello es verdad  
que algo de esto sucedió  
cuando yo mandaba.—¡Ya!;  
pero entónces lo exigian  
las circunstancias y las...



tiranía!) Bien; no importa.  
ELOY. Mi consigna...  
D. CÉS. Bien está.  
(*Entra en el gabinete.*)

## ESCENA IV.

ELOY.—CRÍSPULA.—BERNABÉ.

ELOY. ¡Pobre señor! Me da lástima;  
pero obediente y puntual  
debo...  
(*Llegan por la puerta de la derecha Crispula  
y Bernabé.*)  
CRISP. Entra.  
ELOY. (¡Calle! La huésped  
y el sobrino... ¿Á qué vendrán?)  
Salió el amo...  
CRISP. Ya lo sé,  
pero me permitirás...  
Me he marchado sin dinero,  
y lo tengo que sacar  
de esa cómoda.  
ELOY. Está bien.  
(*Yéndose.*)  
(Mi consigna es muy formal.  
Siempre que el preso no salga,  
puerta franca á los demás.)

## ESCENA V.

CRÍSPULA.—BERNABÉ.

CRISP. (*Sacando una llave y abriendo la cómoda.*)  
¡Guardar al irme la llave,  
sin sacar ántes... ¡Qué enfado!  
Tal olvido solo cabe  
en un pecho enamorado.



¡Ah!

BERN. (¡Un hombre aquí... Ella se pasma...)

D. CÉS. ¿Qué es lo que mis ojos ven?

CRISP. ¿De dónde sales, fantasma?

D. CÉS. ¡Es posible...

BERN. (A Crispula.)

¿Qué te asombra?

CRISP. (Para sí.)

¿Será... Esa cara...

D. CÉS. Ese gesto...

CRISP. ¡Aparta, pálida sombra!

D. CÉS. ¡Crispula!

CRISP. ¡César!

BERN. ¿Qué es esto?

CRISP. De parte de Dios te mando  
que, si eres muerto, lo digas.

BERN. ¡Él... ¡Cómo...

CRISP. Y si estás penando,  
rezaré... ¡No me persigas!

D. CÉS. Sí, espectro soy para ti...

CRISP. ¡Cielo!

D. CÉS. Y tú la rencorosa  
furia que se ceba en mí  
aun bajo la fría losa.

CRISP. ¡Yo!

D. CÉS. Por tí caigo en poder  
de mis contrarios.

CRISP. No creo...

D. CÉS. Por tí, implacable mujer,  
me veo como me veo.

CRISP. No entiendo...

D. CÉS. Eres mi ángel malo.

¡Tú me has delatado, impía!

CRISP. ¿Yo?

D. CÉS. ¡Y me llevarás al palo!

CRISP. ¿Luego vives todavía?

D. CÉS. Vivo, mas no para tí:  
ya lo he dicho.

CRISP. ¡Ah! Lo celebro.

D. CÉS. Antes que yo te dé el sí  
correrá hácia atrás el Ebro.

CRISP. ¿Quién piensa en tales quimeras?

BERN. (Algo ha habido entre los dos.)

CRÍSP. ¡El sí! De mi lo quisieras.  
Ya soy otra. Dios es Dios.

D. CÉS. ¿Otra? ¡Fácil es!

CRÍSP. No sé  
qué has dicho de delacion ;  
mas tal cosa no soñé,  
ni quiero tu perdicion.  
Quiero, sí, traidor, que sepas  
que la suerte, siempre vária,  
ya á la dama á quien increpas  
lizo rica,... ¡millonaria!

D. CÉS. ¿Qué importa? Aunque Dios te dé  
los tesoros del Perú...

CRÍSP. Y mi mano es de otro, que...  
(*Mirando á Bernabé con ternura.*)  
la merece más que tú.

D. CÉS. ¡Oiga!

CRÍSP. Y con el mismo gozo  
sin el oro me amaría.  
(*Á Bernabé.*)  
¿Sí?

BERN. Si.

D. CÉS. ¡Lástima de mozo !

CRÍSP. ¡Cómo !

BERN. (Estoy en la agonía.)

CRÍSP. ¿Es envidia , ó caridad?

D. CÉS. ¡Yo envidia , y lleva contigo  
mi mayor calamidad!—

Venga esa mano de amigo.

(*Bernabé se la deja tomar aturdido y confuso.*)

CRÍSP. ¡Insolente !

D. CÉS. Él á su turno  
mártir será... ¡y más que yo!

CRÍSP. (*Con actitudes y tono de teatro.*)  
¡Mónstruo !

D. CÉS. Ya calza el coturno.

BERN. ¡Caballero !...

D. CÉS. ¡Qué actriz ! ¡Oh !  
Tiene arrebatos soberbios.

CRÍSP. ¡Vil...

D. CÉS. Y otra gracia...

CRÍSP. ¡Jesús !...

D. CÉS. Son sus ataques de nervios...

- (*Viéndola tambalear.*)  
¡Eh, ya le da el patatús!  
BERN. (*Sosteniéndola y volviendo á usar del pomo.*)  
¡No, no por Dios!—¡Huele! ¡Sorbe!  
CRÍSP. ¡Ay Dios!...  
D. CÉS. ¡Se pierde una jaula...  
CRÍSP. ¡Aire!  
BERN. (*Abanicándola con el sombrero.*)  
(*¿A qué rincon del orbe  
me iré yo con esta maula?*)  
CRÍSP. (*Incorporándose.*)  
Basta..., y vámonos de aquí;  
que de verle me horripilo.  
(*Á don César, tomando el brazo de Bernabé.*)  
¡Dios te confunda!  
BERN. (¡Ay de mí!)  
CRÍSP. (*Yéndose.*)  
¡Tigre!  
D. CÉS. ¡Infeliz!  
CRÍSP. ¡Cocodrilo!

## ESCENA VII.

D. CÉSAR.

Anda, y no vuelva yo á verte,  
y otro te saque de penas;  
que yo por tan triste suerte  
no trocara mis cadenas.  
Jóven, que tu cuello puedes  
doblar á tal himeneo,  
tú la fortaleza excedes  
de Hércules y de Teseo.  
Pero ya he dado en el hito:  
por ser rica es tu deidad.  
¡Oh vil interes maldito,  
peste de la sociedad!  
¡Ah! si tuvieras meollo,  
desatentado garzon,  
perdonarias el bollo  
por ahorrarte el coscorron.—

¿Mas seguía , ó no, mi huella  
 esa mujer? ¿A qué vino?  
 ¿Cómo me encuentro con ella  
 cuando ménos lo imagino?  
 Si humillarme era su objeto  
 mostrando su Adónis pulcro,  
 ¿por qué me juzgó esqueleto  
 desertor de mi sepulcro?  
 ¿Cómo... Pero el tiempo vuela  
 y en cavilar lo prodigo.  
*(Haciendo sonar la campanilla.)*  
 Lo que importa es que esta esquila  
 llegue á manos de mi amigo.

## ESCENA VIII.

DON CÉSAR.—ELOY.

ELOY.       ¿Qué...  
 D. CES.       ¿Sabe usted dónde vive  
                   don Prudencio Colmenar?  
 ELOY.       Mucho. ¿Es él á quien escribe  
                   usted?  
 D. CÉS.     *(Dándole la carta.)*  
                   Sí.  
 ELOY.       Iré sin tardar.  
                   ¿Espero respuesta?  
 D. CÉS.       Bien.  
                   Gratificaré el mensaje...  
 ELOY.       ¿Eh! No...  
                   *(Mirando á la puerta de la derecha.)*  
                   ¿Calle! Ahí está...  
 D. CÉS.       ¿Quién?  
 ELOY.       *(Volviendo la carta á don César.)*  
                   Tome usted. Me excuso el viaje.

## ESCENA IX.

D. CÉSAR.—DON PRUDENCIO.

D. CÉS. ¡Prudencio!

*(Se echa en sus brazos.)*

Ya no me quejo  
de mi fortuna cruel,  
pues tal consuelo me envia.

D. PRUD. ¡César!

D. CÉS. Preso estoy...

D. PRUD. Lo sé.

D. CÉS. Pensé al instante en mi amigo  
predilecto...

D. PRUD. Hiciste bien.

D. CÉS. Te iba á enviar esta carta...

D. PRUD. Sin ella te vengo á ver.

D. CÉS. *(Dejando la carta sobre la mesa.)*

¿Cómo has sabido tan pronto  
mi desventura? ¿O ya es  
tan pública...

D. PRUD. Tengo yo  
mi policía tambien.

D. CÉS. ¡Tú!... Y te sonries... ¿Qué es esto?

D. PRUD. ¿Y cómo no he de saber  
que te han preso, si lo estás  
en mi propia casa?

D. CÉS. ¡Qué!  
¿tú... acaso...

D. PRUD. Tiene dos puertas...  
y con la cochera, tres.

D. CÉS. ¡Ah!...

D. PRUD. Mira á dos calles...

D. CÉS. Ya.

Pero ¿es tu casa cuartel  
ó cárcel... Acaba; explicate,  
Prudencio, ó sospecharé...

D. PRUD. En una palabra, estás  
preso de orden mia.

D. CÉS.                         ¡Infel,  
traidor....

D. PRUD. Nada de eso.

D. CÉS. espía!... ¡Infame

D. PRUD. ¡Jesús!

D. CÉS.                                ¿Cuál pues  
es tu oficio? ¿Con qué nombre,  
dilo tú, designaré  
al falso amigo que vende  
mi secreto? ¿Eres mi juez  
por ventura?

D. PRUD. Si; algo hay de eso; mas no es ese mi papel principal.

D. CÉS. El de verdugo  
quizá... Dilo de una vez.

D. PRUD. El de un amigo leal  
que desde niño lo fué.  
y mas que nunca lo es hoy  
aunque con amarga hiel  
le insultas.

D. CÉS. ¿Qué he de decir,  
si veo...

D. PRUD. *(Con dulzura, sentándose en un sofá.)*  
Siéntate..., ven...  
*(Se sienta D. César.)*  
y oye con calma.

D. CÉS. Ya te oigo.

D. PRUD. Yo te he mandado prender...  
por salvarte.

D. CÉS. ;Cómo!

D. PRUD. Ha sido  
una farsa, un entremes.  
Aquellos fieros sayones  
eran mozos de almacén;  
su jefe, mi mayordomo;  
tu alcaide, un criado fiel.

D. CÉS. Pero...

D. PRUD.                    A no prenderte yo,  
te hubiera preso despues  
la justicia, y ya estarías  
entre la turba soez

de ladrones y asesinos  
con un grillo en cada pié.

D. CÉS. ¿Qué oigo?

D. PRUD. Al nombre que has tomado  
tendrías que agradecer  
esa ignominia.

D. CÉS. ¿Qué dices!

D. PRUD. Sí.

D. CÉS. ¿En qué lo fundas?

D. PRUD. En que es  
el de un salteador, fugado  
de la cárcel de Jaen...

D. CÉS. ¡Qué horror!

D. PRUD. Convicto y confeso  
de cinco muertes ó seis.

D. CÉS. ¡Cielos, y en Suiza pasaba  
por honrado mercader...  
¡Hé aquí uno de los males  
de la emigracion!

D. PRUD. ¡Ya ves!

D. CÉS. ¡Con la máscara falaz  
de patriotas, más de diez  
pícaros alzan la frente  
entre los hombres de bien!

D. PRUD. Ya es forzoso que renuncies,  
si no te quieres perder,  
á ese nombre infame.

D. CÉS. ¡Oh! sí,  
sí; pero ¿cuál tomaré?

D. PRUD. ¡Cuál! El tuyo.

D. CÉS. Con el mio  
caeré mas pronto en la red.

D. PRUD. No... Ya eres libre.

D. CÉS. ¡Yo libre!

D. PRUD. La magnánima Isabel  
te vuelve á su gracia.

D. CÉS. Acato  
su augusto nombre, y á fuer  
de buen español, por ella  
diera cien veces y cien  
la vida; mas si es preciso  
que se humille mi altivez...

D. PRUD. A nadie.—Pero se exige

de tí...

D. CÉS. ¡Se exige!

D. PRUD. Que dés...

D. CÉS. Ya; garantías, fianzas...

D. PRUD. Palabra de honor...

D. CÉS. ¿De qué?

¿De echar un sello á mis lábios  
ó decir á todo amén?

D. PRUD. Solo de no conspirar...

D. CÉS. (*Levantándose.*)

Pues ya me pueden prender.

D. PRUD. (*Levantándose tambien.*)

¿Por qué?

D. CÉS. Porque,—no lo puedo  
remediar,—Conspiraré,  
y lo que no he de cumplir  
no lo quiero prometer.

D. PRUD. ¡Qué temeridad, Dios mio!  
Tú quieres que antes de un mes  
te deporten á Ultramar,  
ó te fusilen tal vez.—  
Mas no lograrás tan bárbaro  
deseo. Yo estorbaré...

D. CÉS. ¡Cómo...

D. PRUD. Todo está previsto.  
Cerca de aquí, en Leganes,  
se ha fundado un excelente  
hospital de locos...

D. CÉS. ¿Eh?

D. PRUD. Y no he de ser yo quién soy,  
¡te hago encerrar en él!

D. CÉS. ¡Prudencio!

D. PRUD. Pues ¡qué! ¿habrá muchos  
que con mas motivo estén  
sujetos allí? En mal hora  
te tentó el alma Luzbel  
con ese orgullo insensato,  
con esa hidrópica sed  
de mal entendida gloria.  
¡Ah! todo viene de aquel  
millon que te trajo en dote  
tu malograda mujer.

D. CÉS. ¡Vuelta á la cancion de siempre!

Tu alma, toda sencillez  
y dulzura y mansedumbre,  
nunca podrá comprender  
los arranques de la mía.  
Tú con el mismo nivel  
mides la grama y el cedro,  
el tomillo y el ciprés;  
tú...

D. PRUD. Pero atiende á razones.  
¿De nada te han de valer  
ejemplos propios y ajenos?  
¿Nunca harás alto—¡oh sandez!—  
en esa vida azarosa  
que te trae á mal traer?  
Débil, demacrado, trémulo,  
seca y rugosa la piel...  
¿Quién dirá, César, que yo  
te llevo dos años, quién?  
¿Y á qué puedes ya aspirar,  
como no quieras ser rey?  
Te has sentado en las dos cámaras,  
y puedes volverlo á hacer,  
eres tres ó cuatro veces  
excelentísimo...

D. CÉS. ; Pche!  
Cualquiera lo es ya.

D. PRUD. Ex-ministro

D. CÉS. ; Ahí está el quid; en el *ex*!  
Ahí está mi pesadilla,  
mi tósigo, mi cordel.

D. PRUD. Deja la carga á otros hombros  
que tengan mas robustez.  
Descansa. Ya has trabajado  
por la patria mucho y bien.  
No codicies aquel lecho  
de espinas...

D. CÉS. Tal lo llamé  
algun dia, mas del labio  
no pasaba mi desden.  
¡Oh! tú no sabes, Prudencio,  
lo que es gustar una vez  
aun con mil y mil zozobras  
las delicias del poder.

Aquel dorado sillon,  
 potro y todo, que lo es,  
 tiene mágicos resortes  
 que le hacen aparecer  
 al que en su mullido asiento  
 arrellanado se vé,  
 cuando no altar sacrosanto  
 al ménos régio dosel,  
 y aquella letal atmósfera,  
 que te haria perecer  
 á tí, embarga mis sentidos  
 con tan celeste embriaguez,  
 que creo aspirar en ella  
 los aromas del Eden.

D. PRUD. ¡Luego á conspirar te obligan  
 el despecho, no la fé;  
 el hábito, no el sistema  
 que quieres establecer;  
 no la salud de la patria,  
 sino tu propio interes!

D. CÉS. ¡Te atreves...

D. PRUD. Sí; tú lo has dicho.

Por la boca muere el pez.

*(Cogiéndole afectuosamente ambas manos.)*

¡César!, perdona esta ruda  
 sinceridad á tu buen  
 amigo, á tu tierno hermano.

¡Oh! bien me puedes creer;

no sondeo yo impasible

tu llaga; no. Yo tambien

padezco, y mucho, al cumplir  
 con tan penoso deber.

Cede á mis ardientes ruegos,  
 y no mas más bogue á merced  
 de los vientos y las olas  
 tu ya cascado bajel.

Yo venero el amor patrio

y le doy todo su prez,

y hasta excuso los errores

de los que yerran por él;

mas nunca fue de los héroes

muy numerosa la grey;

ni hay carteras para todos;

ni creo que es menester  
para estar bien quisto un hombre  
cegarse con su oropel;  
ni es razon que el ciudadano  
que una vez ministro fue  
conspire y blasfeme y rabie  
hasta que lo vuelva á ser.

D. CÉS. Todos nó...

D. PRUD. Pero ¡tú sí!

Y para que á tí te den  
la poltrona ¡basta  
desearla? Más diré:  
¡basta que la merezcas?  
¡César!, tú estas en Belen.  
Trabajas...; bien: das el golpe...;  
bravo: te sigue en tropel  
la plebe, te victorea  
y te alza sobre el paves;  
¡magnífico! Pero el fruto,  
como suele suceder,  
te arrebató un intrigante,  
que detras de la pared  
esperó á que en su provecho  
armases el somaten.

D. CÉS. En eso tienes razon  
como soy César Garcés.  
¡Ah! Si; en las revoluciones  
¡cuántos zánganos se ven  
que sin haberla labrado  
se abalanzan á la miel!  
Dolor sería lidiar  
hasta morir ó vencer,  
para que un advenedizo,  
usurpándolo á mi sien,  
en la suya—¡mal pecado!—  
cúñese el verde laurel.

D. PRUD. ¡Oh, albricias! Ya la razon  
triunfa. Abrázame...

*(Le abraza, pero aun se muestra don César re-  
calcitrante.)*

D. CÉS. Deten...

D. PRUD. ¡Ba! ¡Si ya estás convencido...

D. CÉS. *(Con cómico despecho.)*

No me quiero convencer.

D. PRUD. (*Sin soltarle de los brazos.*)

Mira, César; yo no quiero  
que te anules, que te estés  
quieto en un rincón jugando  
al rentoy ó al ajedrez;  
no; aun puedes ser á la patria  
muy útil con tu saber  
y tu experiencia. Discute,  
perora, escribe, sosten  
tus opiniones políticas  
en el campo de la ley...  
En fin, no te pido más  
que un poco de sensatez.  
Honores, ya tienes hartos;  
oro, yo te lo daré;  
que á mí me sobra.

D. CÉS. ¡Jamás!

D. PRUD. ¡Qué hombre, qué hombre! No es merced;  
es... restitución. ¡Te acuerdas  
del duro que te tomé  
prestado...

D. CÉS. (*Algo conmovido.*)

¡Prudencio!

D. PRUD. ¡En mil  
ochocientos treinta y tres?  
Á él debo toda mi suerte.

D. CÉS. No; al trabajo, á tu honradez...

D. PRUD. Y al duro; y he de partir  
contigo lo que gané;  
que no ha de obrar un cristiano  
como un hijo de Israel.

D. CÉS. Tanta generosidad  
me confunde; pero...

D. PRUD. ¡Qué?

D. CÉS. Mas si tu noble sofisma  
me ha podido enternecer,  
tengo demasiado orgullo  
para aprovecharme de él.

D. PRUD. (*Saltándosele las lágrimas.*)

¡Gran Dios!... ¡Tánto me aborreces,  
que nada quieres deber  
á mi amistad? Bien está.

Por fuerza yo no te haré  
feliz; pero, á falta de otro,  
¡tendrás, César, el placer  
de hacerme á mí desdichado!

D. CÉS. ¡Yo? ¡Á ti!... ¡Nunca!

D. PRUD. Si, cruel.

Tenia un plan que seria  
la gloria de mi vejez...  
y de la tuya...

D. CÉS. ¡Ah! ¡Cuál? Dime...

D. PRUD. Ya me daba el parabien...  
¡Vana esperanza! ¡Ilusion!...  
¡Quién me hubiera dicho ayer...

D. CÉS. ¡Qué plan... Expílicate; acaba...

D. PRUD. Casar á mi hija...

D. CÉS. (*Como adivinando.*)

¡Ah! ¡Con quién?

D. PRUD. ¡Con tu Mauricio!

D. CÉS. ¡Oh Dios mio!

El hijo que abandoné...

D. PRUD. ¡No tenia en mí otro padre?

Es un apuesto doncel  
que nos honra. ¡Es magistrado!

D. CÉS. ¡Ah! ¡Cuándo te pagaré,  
Prudencio amado...

D. PRUD. Y mi Luisa

es ya toda una mujer.

(*Llamando.*)

¡Luisa!

## ESCENA X.

DON PRUDENCIO.—DON CÉSAR.—LUISA.—DON MAURICIO.

D. PRUD. (*Abrazándola.*)

¡Mírala en mis brazos!

D. CÉS. ¡Ah! ¡Y él...

(*Mauricio, que ha seguido á Luisa, se arrodilla  
ante don César.*)

D. PRUD. ¡Mírale á tus piés!

D. MAU. ¡Padre!

- D. CÉS.                                ¡Hijo del alma mía!  
   ¡Levanta; ven á mis brazos!  
   *(Se abrazan.)*
- D. MAU.    ¡Oh grata sorpresa!
- D. PRUD.                                Abraza  
   tambien á Luisa, al encanto  
   de mi vida.
- D. PRUD. *(Abrazando á Luisa.)*  
   ¡Oh! sí. ¡Qué linda!
- LUISA.    Bien venido sea á honrarnos  
   el amigo á quien mi padre  
   siempre amó como á un hermano.
- D. CÉS.    Gracias, adorable niña.—  
   ¡Ya ves qué místico y qué flaco  
   vuelvo á tus ojos, Mauricio!
- D. MAU.    ¡Ah! sí.
- D. CÉS.                                ¡Tal vida he pasado!  
   *(Frotándose las manos, y como halagado por  
   su habituales ilusiones.)*  
   Pero Dios mejorará  
   sus horas.
- D. PRUD. *(Con inquietud.)*  
   ¿Qué dices!
- D. MAU.                                Harto  
   las mejora para mí,  
   pues da término á mi llanto  
   volviéndome vivo el padre  
   que muerto creí.
- D. CÉS.                                ¡Siete años  
   sin verte! Mal padre he sido;  
   pero... ¡Oh recuerdos amargos!
- D. PRUD.    ¡Eh! ¿Por qué no los destierras?
- LUISA.    Dice bien papá: en su mano  
   de usted está el ser dichoso...  
   y que todos los seamos.
- D. CÉS.    ¡Yo!... Mi estrella...
- D. PRUD.                                ¡Dale, bola!  
   (¡Aun me hará dar á los diablos  
   su resurrección!)
- D. CÉS.                                Mis émulos...
- D. PRUD.    En vez de estar muy ufano  
   con la boda...
- D. CÉS.                                Y por ventura

¿me opongo á tan dulce lazo?  
Yo les doy mi bendición.  
¿Quieres más?

D. MAU. Y yo declaro  
que renuncio á tanta dicha,  
aunque me acuse de ingrato  
el generoso padrino  
á quien debo cuanto valgo,  
mientras usted no desista  
de proyectos temerarios.

D. CÉS. ¡Mauricio!

D. PRUD. ; Esto nos faltaba!

LUISA. (¡Pues!, ahora que ya le amo  
tan de véras...)

D. MAU. ; Padre mio!  
perdóneme usted. Postrado  
á sus piés...

D. CÉS. (Deteniéndole.)

¡Eh! no. Levanta.

D. MAU. Es error, es desacato  
que á su padre dé lecciones  
un hijo, y de pocos años;  
mas cuando corre al abismo  
le he de dejar, por un vano  
respeto, precipitarse,  
perderse? ¡No! Si no alcanzo  
á persuadirle, otra vez  
vestiré de luto amargo  
el cuerpo y el corazon;  
mas mi orgullo de hombre honrado,  
mi deber de caballero,  
y aun la fe con que idolatro  
á la hija de mi constante  
bienhechor, dictan al labio  
tan dolorosa repulsa.  
Sí; renuncio al nudo santo  
en que cifraba mi gozo,  
si otras arras no preparo  
á mi dulce compañera  
que angustias y sobresaltos,  
y tal vez horrible duelo...  
No, no; con tales presagios  
mi boda fuera una infamia;

- que á quien es tan desgraciado  
no es lícito ser esposo  
ni padre. ¡No, no me caso!
- D. CÉS. ¡Basta! No resisto más.  
Se acabó el hombre de estado,  
el tribuno... Me retiro  
al cuartel de los inválidos;  
quiero ser amigo y padre;  
¡quiero ser feliz!
- D. PRUD. ¡Loado  
sea Dios!
- D. CÉS. *(Á Luisa y á don Mauricio, abrazándolos uno  
después de otro.)*  
Ven, hija mía.  
Ven tú. ¡Abrazadme! ¡Abrazaos!  
*(Se abrazan los dos jóvenes, y luego don Pru-  
dencio y don César.)*  
¡Prudencio!—¡Venciste al fin!
- D. PRUD. ¡Trabajillo me ha costado!
- D. MAU. ¡Luisa!
- LUISA. ¡Mauricio!
- D. MAU. ¡Oh ventura!
- D. CÉS. De hoy más, todo me consagro  
á vosotros...
- BERN. *(Dentro.)*  
¡Tío!
- D. PRUD. ¡Calle!  
¡Bernabé... Pues ¿cómo...

## ESCENA XI.

DON CÉSAR.—DON PRUDENCIO.—LUISA.—DON MAURICIO.—  
BERNABÉ.

- BERN. ¡Bravo!  
Los los padres...; los dos hijos...  
¡Buen grupo! ¡Bello espectáculo!
- D. PRUD. Cierto; y tú vendrás tal vez  
á desentonar el cuadro.
- BERN. ¿Yo? No, señor; ni por pienso;  
y en prueba de lo contrario,

deme usted su bendicion,  
porque esta noche me marchó.

D. PRUD. ¿Con Crispula?

BERN. ¡Dios me libre!

D. PRUD. ¡Qué escucho!...

BERN. Vengo escapado.

D. CÉS. ¡Cómo!...

BERN. Me frien sus dengues,

y me encocoran sus raptos  
histrionicos, y me abruman,  
me aniquilan sus desmayos.  
¡Qué pécora!... Y ¿creerá usted,—  
me estremezco de pensarlo,—  
creerá usted, tío de mi alma,  
que ántes de darme su mano  
aquella esfinge, me impone  
seis meses de noviciado?

Y que he de ser su galán  
hasta que fenezca el plazo;  
y me ha de lucir...—¡lo ha dicho!—  
en la ópera, en el Prado,  
en la fuente Castellana...—  
¡Santo Dios!—; y hacerme blanco  
de gacetillas y apodos  
y pullas... ¡Horror! ¡Escándalo!

D. PRUD. ¡Pobre Bernabé! Celebro  
que te hayas emancipado;  
y más siendo culpa mía;  
que preciso es confesarlo,  
el riesgo de que te acabas  
de librar por un milagro.

BERN. ¡Vade retro! Á tanta costa  
no quiero ser millonario.

D. PRUD. Ya se ve, yo no esperaba  
que tan de golpe y porrazo...

BERN. ¡Oh! no crea usted que estoy  
resentido... Antes aplaudo  
la aventura, pues me ha abierto  
los ojos... Sí; yo era un trasto,  
lo confieso, presumido,  
petulante, con los cascós  
á la jineta... Ya soy  
otro hombre, y sabré probarlo.

D. PRUD. ¡Es posible...

BERN. ¡Adios! Me vuelvo  
á Santander. Ya he tomado  
un billete de cupé.

D. PRUD. ¿Estás en tu juicio? ¿Y cuándo...

BERN. Esta misma noche; dentro  
de un cuarto de hora.

D. PRUD. ¡Muchacho!  
¿No te quedarás siquiera  
á la boda...

BERN. ¡Guarda, Pablo!  
Las galas, los parabienes,  
los festines, los regalos  
me harían reincidir  
en mis antiguos resabios.  
(*Conmovido.*)  
Y no porque no celebre  
muy de corazon el casto  
nudo...  
(*Á Mauricio, y le aprieta la mano.*)  
¡Toque usted esos huesos!

D. MAU. Con mucho gusto.

D. CÉS. (¡Qué guapo  
mozo!...)

BERN. (*Pidiendo á Luisa la mano.*)  
Prima,... si soy digno...

LUISA. (*Enternece y dándole la mano.*)  
¿No lo has de ser?...

D. PRUD. (*Enjugándose las lágrimas.*)  
(¡Voto al chápиро...

Me entenece... ¡y me embelesa!)  
BERN. (*Abrazando á su tío, y dispuesto á partir.*)  
¡Adios!

D. PRUD. Pero, atolondrado,  
¿te vas sin dinero...  
(*Sacando un bolsillo.*)  
Toma...

BERN. No, señor. Para los gastos  
del camino, aun tengo aqui  
siete duros y unos cuartos,  
y me sobra la mitad.

D. PRUD. (*Insistiendo en darle el bolsillo.*)  
Pero...

BERN. ¡Nada ; ni un ochavo!

D. PRUD. ¡Hombre...

BERN. ¡Ah! sí; présteme usted  
un duro.

D. PRUD. ¡Un duro!... ¡Ah! ya caigo.

(*Dándole un duro.*)

Tómalo, hijo mio.—Pero  
si te has propuesto emplearlo  
en fósforos, mal harás;  
que ya se ha vulgarizado  
mucho esa industria.

BERN. No, tío.

Como un talisman lo guardo,  
como una reliquia santa  
del bienhechor, del oráculo  
de mi familia.

D. CÉS. (*Conmovido.*)

¡De todos!

BERN. Como emblema, en fin, y lauro  
de la más noble riqueza,  
porque es hija del trabajo  
y de la virtud. ¡Adios!

## ESCENA ULTIMA.

DON PRUDENCIO.—DON CÉSAR.—LUISA.—DON MAURICIO.

D. PRUD. ¡Pobre chico! ¡Qué entusiasmo  
y qué fé! Yo le prometo  
digna recompensa... Vamos,  
venid... Quiero improvisar  
esta noche un gaudeamus  
en albricias de mi triunfo,  
¡de mi gloria! Hoy no me cambio  
ni por César...;  
(*Mirando á don César y sonriéndose.*)  
el de Roma,  
ni por Alejandro magno.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el censor de turno y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

Madrid 31 de Octubre de 1853.

*Antonio Benavides.*



